

The top section of the cover features two black silhouettes of people's heads in profile, facing each other. A white speech bubble with a teal base is positioned between them, pointing towards the person on the right. The person on the right has a teal 'X' over their mouth.

HISTORIA CON IRLANDESES

José Luis González



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



FILOLÓGICAS



CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES



Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

HISTORIA CON IRLANDESES

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

Miguel G. Rodríguez Lozano
Presentación

Novelas en la Frontera

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

José Luis González, *Historia con irlandeses*
Primera edición digital: 22 de junio de 2022
D.R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades, piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Decidir, recordar, escribir:	
<i>Historia con irlandeses</i> de José Luis González	
<i>Miguel G. Rodríguez Lozano</i>	7
<i>Historia con irlandeses</i>	21
Epílogo	135
Noticia del texto	139
José Luis González. Trazo biográfico	141

PRESENTACIÓN

Decidir, recordar, escribir: *Historia con irlandeses*
de José Luis González

Miguel G. Rodríguez Lozano

A. Decidir

En el ámbito de la literatura caribeña y puertorriqueña, el nombre de José Luis González (1926-1996) ocupa un lugar significativo por su obra literaria, ensayística y por la relevancia de sus traducciones. Era un conocedor no sólo de la literatura de su tiempo (William Faulkner, Ernest Hemingway, Truman Capote, Jorge Luis Borges, entre otros), sino también de la tradición literaria del Caribe, y en particular la de su país: Puerto Rico (bastaría con recordar sus comentarios sobre Pedro Juan Soto, Carmelo Rodríguez Torres y René Marqués). También supo de primera mano, por su militancia, sobre las tensas relaciones de ese país con los Estados Unidos, y las implicaciones de tener un enfoque de izquierda en los años posteriores a la Segunda

Guerra Mundial. Esa experiencia lo llevó a distinguir con claridad la problemática caribeña en su conjunto y las complejas situaciones de países como Cuba, Haití y República Dominicana, cuya geografía es determinante en la actividad económica, política, social y cultural de la región.

La práctica de vida y ese saber se encuentran en la obra del autor. Sus viajes a algunos países de Europa, en plena reconfiguración de las naciones en la década de los cincuenta, permiten percibir el estrecho vínculo biografía-literatura como un elemento constante en el desarrollo de la estética de González. En aquellos textos, en los que el peso de la trama se encuentra en primera persona —por ejemplo, *Mambrú se fue a la guerra, ¿Qué se hicieron los aztecas?* o *Historia con irlandeses*, la novela corta de 1982 aquí presentada—, es perceptible la presencia de un *alter ego* del escritor que, inmerso en la ficción, pero sin dejar de lado el momento histórico vivido, comenta, aclara, aporta, cuestiona. Tal efecto, en su relación con un ambiente social tan específico, determina la experiencia de lectura y crea las expectativas necesarias, con temas que hacen visible las oposiciones capitalismo-socialismo y las condiciones de la caribeñidad, ese proceso de identidad e integridad cultural notable en parte de esta narrativa. En efecto, entre su ir y venir, González nunca perdió de vista las intrincadas

relaciones políticas, económicas y sociales del Caribe y su amado Puerto Rico, aspectos que bordean su narrativa sin caer en tremendismos.

Para lograr una poética precisa en sus argumentos ficcionales, el escritor puertorriqueño optó, de manera frecuente, por la novela corta, un género que le cautivó, que conocía muy bien, y al cual prefería llamar cuento largo. No obstante la nomenclatura, para González fue evidente la naturaleza inconfundible, la tradición, la autonomía y el valor de este tipo de texto, acorde con sus intenciones estéticas para crear una anécdota atrayente, con el ambiente necesario y con personajes determinantes para la historia narrada. En esa estrategia formal y conceptual, creó un tono perceptible en gran parte de su narrativa, en la que los rasgos caribeños resuenan, se presentan, explícita o implícitamente, como señal de identidad. Desde la primera novela corta de González, *Paisa*, escrita en 1950, se descubre esa estructura que realza las cualidades de los personajes, sin agotarse en extensas digresiones, abrumadoras, que pueden restar efectividad a los propósitos estéticos. El tema de *Paisa*, la situación de los inmigrantes en Nueva York, podía convertirse en un relato banal y hasta inocuo, si no fuera por la excepcionalidad de la *nouvelle* y una narrativa inclinada a la oralidad y con diálogos determinantes para el desenlace nada optimista de la historia. En

todo esto, es claro que al autor nunca le entusiasmó el “género extenso”; en la práctica de la novela corta hizo visible su desapego al relleno de la novela y su entusiasmo franco por la brevedad. El acto de lectura se convierte entonces en parte del disfrute de esas historias ficcionales y en un instrumento clave de apreciación de la poética, en la que también el ritmo apoya la forma y el fondo del relato. De ahí que las convenciones del género novela corta estén expuestas conscientemente, como un modo de atrapar el mundo y una realidad que González conoció y vivió sin disimulos, con plena conciencia de su transformación desde la perspectiva múltiple de la literatura. “Como sucedió lo cuento, ya se verá si por falta de imaginación o por apego a la verdad en la literatura”, dice el protagonista de *Historia con irlandeses*.

B. Recordar

Gracias a la tecnología, las enciclopedias digitales, las bases de datos, las películas, las series de televisión, es posible recuperar de muchas maneras el espacio político, histórico y social de *Historia con irlandeses*. El período que va del término de la Segunda Guerra Mundial a 1952, año en el que se desarrolla la acción de la obra, es fundamental en la reconstrucción de Europa y en lo

que con el tiempo se denominará la “Guerra Fría”, esa pugna ideológica entre el capitalismo y el comunismo representados por los Estados Unidos de América (EUA) y la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), cuyo fin simbólico se asocia con la caída del muro de Berlín en 1989.

Cuando se menciona la Guerra civil en Grecia (1946-1949) y la Guerra de Corea (1950-1953), se establecen líneas contextuales para formar un marco de referencia que justifica la verosimilitud y la íntima relación del narrador con su historia. Los lectores estamos frente a un viaje en el tiempo. Grecia, Corea, Checoslovaquia, ésta dominada y administrada por la URSS (pasarán más de treinta años para convertirse en los actuales estados independientes de Eslovaquia y la República Checa), ilustran los procesos sociales del mundo de la posguerra y la intromisión de sistemas políticos y económicos opuestos, muy marcados en ese entonces.

El aspecto biográfico revela a través del narrador-protagonista el contexto de la historia de la novela, por eso no es casual que las cosas sucedan en Praga, la capital de Checoslovaquia, ni tampoco que se aluda a personajes de la vida real vinculados con el estalinismo como Pablo Neruda, Rudolf Slánsky y Artur London, quienes ejemplifican lo peor de los métodos de Stalin, al ser acusados de una supuesta conspiración contra el

Estado y el partido comunista, en el llamado Proceso de Praga. Por supuesto, lo que leemos no es un panfleto ni un libro de historia, el texto le funciona al autor para desestabilizar desde la literatura un modelo social como el propuesto por la Unión Soviética. Los lectores nos desplazamos por un mapa de información, que se convierte en una guía necesaria para el armazón de la historia y para justificar la intención lúdica e ingeniosa de la trama. La Historia vuelta ficción conserva una visión de mundo agudizada por la mordacidad del protagonista.

C. Escribir

Todo lo expuesto se relaciona con la novela corta *Historia con irlandeses*. Los aspectos estéticos señalados y el contexto en el que se ubica la producción de José Luis González se hacen presentes en esta obra, singular con respecto al resto de los textos escritos por el autor. El tema y lo que se cuenta la distinguen claramente. Es, en muchos sentidos, una novela política que, escrita a principios de los ochenta (1982), le permite a González observar con desenfado y humor los años de la posguerra y uno de los momentos clave del estalinismo. Nuevamente, y como se ha señalado, la biografía y su vínculo con la literatura están más que sugeridos; la

presencia de la experiencia vivida por González en su etapa europea como militante de izquierda se convierte en un *leitmotiv*. El entorno en el que se desarrolla la argumentación de los sucesos narrados es un andamiaje útil para disfrutar la obra y el tono de desparpajo ante los hechos contados.

Como se ha indicado, la ciudad de Praga en 1952 es el escenario de la trama. Una agencia de prensa izquierdista reúne a personajes de distintas nacionalidades, creyentes de las acciones llevadas a cabo por la Unión Soviética y su entonces líder Joseph Stalin. Todo es contado por el único latinoamericano que trabaja ahí, un *alter ego* del escritor quien, lo reiteramos, en la vida real militó activamente y muy joven residió en algunos países de Europa como corresponsal. Esta experiencia de vida logra en el relato la aparición de las ya aludidas referencias culturales, políticas y sociales de esos álgidos años de pugnas ideológicas y de conformación de la llamada “Guerra Fría”. Con una ágil voz narrativa, precisa en el manejo del humor, la ironía y la parodia, *Historia con irlandeses* se presenta como un ajuste de cuentas lúdico, intencionalmente provocador, de lo que fue la práctica estalinista. Desde el principio se marca la voz y la cadencia narrativas; se indica plenamente la conciencia del protagonista a través de un “yo” joven, que arriba a un medio periodístico “izquierdista sin

tapujos”, con el entusiasmo político del periodo. Los eventos que se cuentan producen un balance de acontecimientos que son cuestionables y que destronan, por llamarlo de alguna manera, una visión oficial, desde el humor, siempre apabullante, y con un estilo marcado por la caribeñidad propia de la poética de González, aunque estemos frente a un texto divertidamente político: “El camarada de la Agitprop saludó con una leve inclinación de la cabeza cuando la directora lo presentó por su nombre. A continuación, con aquella total ausencia de expresión facial que tanto me intrigaba en los funcionarios del partido (de *aquel* partido, porque en el mío, tropical y diminuto, el chiste siempre estaba a flor de labios), con aquella cara, digo, de buen jugador de póquer” [cursivas en el original].

El autor entreteje con habilidad las características estéticas exigidas por la novela corta, con precisión en la forma y una estabilidad cargada de fluidez narrativa que provoca leer ávidamente *Historia con irlandeses*. Para ello, como lo podrán observar los lectores, González se detiene en el detalle de los personajes, en el clima de debate político y social de la época, aunque siempre con la carga irónica por parte del narrador. Los personajes de la agencia son descritos a partir de su procedencia: Dinos Cacoyannis (griego), Lucille Gifford, Lester y Susan Sampson (canadienses), Michael O’Ma-

lley (irlandés) y Catherine, Cathy (“hija de irlandés y portuguesa”). La especificidad de la nacionalidad no es arbitraria, porque dentro de la lógica de la posguerra la competencia entre el capitalismo y el socialismo por obtener más adeptos se convierte en una prioridad; no obstante, en este caso, al puntualizar desde las primeras líneas de la novela el lugar de origen de quienes participan en el día a día de la agencia, la narración evidencia el absurdo, al avanzar en la lectura, de quien no habla ruso, ni checo y apoya una forma de vida. La ironía se encuentra en que todos se comunican en inglés, inmersos en un sistema político al que son incapaces de cuestionar, excepto el protagonista.

En tanto recuerdos del *alter ego*, tres momentos de la historia son visibles: cuando en la agencia se les avisa del anuncio de Stalin sobre el tránsito del socialismo al comunismo, reunión que aviva la queja de Michael, el irlandés, por su vida paupérrima; la relación entre el narrador y Cathy; y el último, cuando ambos deciden escribir un informe apócrifo de la Academia de Ciencias de la URSS sobre el “descubrimiento de un perro que habla”. Dentro del texto, tal acción logra trastocar el orden establecido e interrogar directamente, desde la experiencia de lectura, el modelo estalinista.

El final de esa historia es más que elocuente con respecto a las intenciones significativas del autor. Con

el apócrifo y con la escena en la que se les interroga al narrador-protagonista y a Cathy sobre sus ideas sobre la Academia de Ciencias de la URSS, se amplía el carácter irónico y la crítica del sistema político. Más cuando la camarada Havlíčková, directora de la agencia, al enterarse de dicho documento, decide darles una “instrucción” a ambos personajes: los manda a leer el trabajo de Stalin *Sobre la cuestión nacional*. Por supuesto, todo el diálogo entre ellos acentúa lo absurdo de la situación, provoca risa y enfatiza su carácter polémico. El desacuerdo de los integrantes de la agencia ante el apócrifo no deja de ser también ironizado en la novela con ese rasgo de desparpajo evidente a lo largo del texto: “Recordé, sin proponérmelo y sin sospechar por qué, a Kid Charolito (Hermenegildo Verdejo era su verdadero nombre), el negro que me enseñó a boxear a los quince años, y lo recordé con tanta intensidad que lo sentí a mi lado”. En cuanto al título *Historia con irlandeses*, debe verse como un acierto lúdico y un efecto que permite al autor agudizar el tono irónico y el desenfado que se mantiene en la lectura total de la obra. El narrador en los últimos párrafos aclara, como un cierre de todo lo que ha contado, y precisa: “Michael y Cathy se habían casado y fijado residencia en Dublín”, y para ironizar más, indica: “donde pensaban publicar una revista marxista pero independiente”.

Dicen que la Historia es cíclica, y no está exenta de eventos reiterativos. *Historia con irlandeses* cae como anillo al dedo en un presente como el nuestro en el que, guardando las finas distancias, los totalitarismos y los sistemas políticos de antaño intentan renacer. La novela corta de José Luis González es, ante todo, literatura, ficción intuitiva e inteligente, ludismo crítico, con muchos guiños de lo que implica escribir desde Latinoamérica, sin perder de vista el Caribe y con un afán por contarlo todo, no desde el oficialismo, sino desde la antioleminidad y con la distancia prudente que asume el *alter ego* del escritor: “ahora que lo recuerdo, ahora que me decido a recordarlo y a escribirlo”. Nosotros: leemos.

HISTORIA CON IRLANDESES

...que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan a la verdad o a la semejanza della, y las verdades tanto son mejores cuanto son más verdaderas.

Don Quijote, II, 62

Write it, damn you, write it!
What else are you good for?

Giacomo Joyce

Dinos Cacoyannis era el griego de la agencia. Había además tres canadienses: Lucille Gifford (que era negra y una novedad para mí, ignorante hasta entonces de la existencia de negros en el Canadá), y Lester y Susan Sampson, que eran marido y mujer y junto con Lucille estaban a cargo de la sección norteamericana. Había un irlandés, Michael O'Malley, responsable del departamento de corrección de estilo, casi tan joven como yo y dotado con largueza de ese don de la labia que es a su raza lo que las rayas de la piel al tigre de Bengala. Había un australiano de apellido compuesto y por lo mismo menos recordable, cachazudo y fumador de pipa, especialista según se decía en asuntos orientales. Había también un *chutzpah* neoyorquino, de cuyo nombre y funciones en la agencia no quiero acordarme ahora por razones que tal vez encuentren su lugar en otra historia. Estaba yo, que era el latinoamericano del equipo y había llegado allí por una conjunción de circunstancias que también prefiero omitir para no agobiar más de la cuenta la armazón de este relato. Y estaba, por último

(que a la postre será lo primero por motivos que se hacen claros a continuación de este paréntesis), la ayudante de Michael: un portento de muchacha, hija de irlandés y portuguesa, llamada Catherine, Cathy para los amigos (su apellido de casada no interesa y el de soltera nunca lo usaba), menudita y construida como si la hubieran hecho a mano, de piel muy blanca pero arrebolada por la afortunada mezcla de sus dos sangres tumultuosas, ojos azules y una cabellera negra lo suficientemente ondulada como para no enmarcar, sino rodear y coronar, que es cosa mucho más conmovedora, su adorable cabeza de *colleen* latinizada, si se entiende lo que quiero decir. El que no lo entienda no sabe lo que se ha perdido.

Yo no me lo perdí, para mi buena fortuna, pero empecé hablando de Dinos Cacyannis y a él debo volver porque con él, por ahora, continuará esta historia. Dinos, como he dicho, era el griego de la agencia. La agencia, de prensa, había sido fundada en Praga por dos periodistas ingleses (socialistas de izquierda, por lo que llegué a saber) a raíz de la guerra; y en 1948, el año en que los partidos burgueses quedaron definitivamente desplazados del poder, fue nacionalizada por el nuevo régimen. Su personal y sus suscriptores, sin embargo, siguieron siendo internacionales y sus servicios redactados en inglés. Grecia era en aquel entonces fuente importante de noticias políticas a causa de los rescoldos

de la guerra civil que aún ardían en su territorio (Corea, desde luego, era el incendio grande). Una agencia como la nuestra, izquierdista sin tapujos, no podía tener correspondencia en la Atenas gobernada por una derecha que veía guerrilleros comunistas hasta debajo de sus camas (y hasta allí, en efecto, según afirmaba Dinos, llegaban aquéllos cuando se lo proponían), de modo que toda la información sobre Grecia la suministraba, por vía telefónica, otro periodista griego residente en Londres.

Todas las tardes, a las cuatro en punto, Dinos se cerraba en un cubículo contiguo a mi oficina para recibir las llamadas de su compatriota desde la capital británica. La pared que separaba los dos recintos había sido improvisada, y yo no podía dejar de oír, sin entender nada, la conversación en una lengua que nunca antes había escuchado hablar. He dicho conversación, y en realidad no llegaba a tanto. Dinos sólo hablaba para preguntar algo o para pedir aclaraciones cuando la comunicación —obstruida, según pensábamos, por la interferencia del servicio secreto británico— no era del todo audible. Mi colega, en ocasiones, tenía que gritar, y yo imaginaba entonces, supongo que para atenuar la irritación que me causaba el ruido, un cómico altercado entre Sócrates y un invisible adversario sofista. Interrumpía mi propio trabajo (la elaboración de algún despacho de nuestro correspondiente en Santiago, Montevideo o México) para

tratar de identificar las *democracias*, *crisis* y *tiranías* que en la potente voz de Dinos sonaban absurdamente como extranjerismos. *Barbarismos*, precisábame yo mismo con boba satisfacción de bachiller en humanidades, para pensar enseguida que el *bárbaro*, como sin duda me lo hubiera recordado Dinos de haber podido adivinar mis fisgoneos lingüísticos, en rigor era yo. A veces, aunque no con la frecuencia que hubiera deseado, mis hallazgos eran más bien extraordinarios, como aquella *catarsis* que un día me sobresaltó al punto de hacerme aguardar a Dinos a la puerta de su guarida telefónica para preguntarle en qué contexto había utilizado la palabra ilustre. Me miró entre asombrado y divertido, y al cabo de unos instantes recordó haberle preguntado a su interlocutor qué de cierto había en los rumores de que el gobierno griego planeaba una *depuración* de sus fuerzas armadas.

—Pero ¿*catarsis* no es una depuración de los sentimientos por medio del arte? —me atreví a reparar recelando una helénica tomadura de pelo.

—En boca de Aristóteles y en un diccionario de griego antiguo, me imagino que sí —replicó Dinos casi enseñándome los dientes—. Pero yo no soy Aristóteles ni diccionario, camarada.

—Discúlpame, Dinos.

—No, hombre, no hay por qué —se dulcificó enseguida mi colega—. Lo que quiero decirte es que no

recuerdo haber usado esa palabra. Quizá otra parecida, no sé...; pero si te interesa el griego, por lo menos el que hablo yo, puedes preguntarme lo que quieras. ¿De acuerdo?

—Seguro. Es que, ya sabes, tu lengua..., bueno, la lengua de tus antepasados...

—...sigue siendo la lengua de la filosofía, de la política y de la ciencia en todo el mundo. Desde chiquito me lo enseñaron. Lástima que no nos hayan dado nada a cambio de eso. Unas cuantas fábricas, por ejemplo, no nos hubieran venido mal.

Así era Dinos. Así éramos todos, ahora que lo recuerdo, ahora que me decido a recordarlo y escribirlo. El camarada Stalin acababa de anunciar el próximo tránsito del socialismo al comunismo en la Unión Soviética gracias a la irrigación, mediante una colosal red de canales en las vastas regiones vírgenes del gran país, de varios millones de hectáreas cuyo cultivo proporcionaría la base material para la edificación definitiva del reino de la libertad en la sexta parte del planeta. ¿A qué extrañarse, pues, de que Dinos echara de menos unas cuantas fábricas en su pequeño país subdesarrollado?

Durante unos cuantos días no volví a importunar al griego con mis inquisiciones filológicas, pero aquello del comunismo por irrigación tuvo sus consecuencias,

si no para el radiante futuro de la humanidad, sí para el más inmediato y mucho menos luminoso de mi colega irlandés. Como sucedió lo cuento, ya se verá si por falta de imaginación o por apego a la verdad en la literatura. Sucedió que la dirección de la agencia convocó uno de aquellos días a todos los redactores y empleados, checos y extranjeros, a una reunión en la que un enviado de la Agitprop del partido habría de presentar un informe sobre el grandioso plan de Stalin. Todos llegamos a la sala de reuniones con puntualidad bien aprendida (bien aprendida sobre todo en mi caso, por venir de donde venía), para encontrarnos con que el camarada de la Agitprop ya estaba allí, compartiendo con Havlíčková, la directora de la agencia, la cabecera de la mesa en torno de la cual nos sentamos todos los redactores. Los empleados —secretarias, archivistas, conserjes y demás— ocuparon las sillas dispuestas entre la mesa y las paredes de la sala. El camarada de la Agitprop saludó con una leve inclinación de la cabeza cuando la directora lo presentó por su nombre. A continuación, con aquella total ausencia de expresión facial que tanto me intrigaba en los funcionarios del partido (de *aquel* partido, porque en el mío, tropical y diminuto, el chiste siempre estaba a flor de labios), con aquella cara, digo, de buen jugador de póquer, oyó decir a la directora, primero en checo y después en su inglés más bien tortuoso, que

debíamos escucharlo con especial atención porque su informe versaría sobre un asunto de tanta trascendencia histórica que sólo al cabo de mucho tiempo —meses, años tal vez— alcanzaríamos a comprenderla en toda su enorme magnitud.

Después del informe, cuya duración corrió parejas con la advertida importancia de su tema (incluida la traducción del checo al inglés para los extranjeros, a cargo del camarada Rubík, nuestro jefe de redacción que había pasado la guerra en Inglaterra y hablaba un dialéctico británico muy personal, mezcla de apretado inglés de oficial de la real fuerza aérea y arriscado *cockney* de taxista londinense), Havlíčková declaró abierta la sesión de preguntas y comentarios. A nadie, en realidad, sorprendió que el primero en pedir la palabra fuera Mike el irlandés. La moderación verbal, como ya he insinuado, no era la mayor de sus virtudes; pero lo que a continuación empezó a salir de su boca no lo hubiera superado el más lenguaraz de los nativos del condado de Cork en la verde Erín.

—Camarada —comenzó a hablar en el tono intencionadamente sosegado de quien tiene algo importante que decir, pero no quiere dar la impresión de que se propone demostrarlo—. Camarada, en verdad me faltan las palabras para agradecer tu excelente informe como es debido. En realidad, y sin asomo de exage-

ración, lo que acabo de escuchar le ha abierto nuevos y..., ¿por qué no confesarlo?... , insospechados horizontes a mi vida.

Dos rostros, en ese momento, ocuparon casi simultáneamente mi campo visual, por razones muy diferentes, pero, supongo, igualmente naturales: el de Havlíčková, la directora, porque ésta ocupaba, como ya he dicho, la cabecera de la mesa, y el de Cathy, porque además de hallarse cerca de la primera, era en cualquier ocasión un regalo para mi mirada de varón joven y todavía no escarmentado. El de Havlíčková (amustiado por los años pero evocador aún de una juventud seguramente llamativa) se había iluminado al influjo de las primeras palabras de Mike, que Rubík empezaba a traducir al checo para el camarada de la Agitprop y sus otros compatriotas ignorantes del inglés; pero el de Cathy me transmitió lo que todavía en ese momento no alcancé a identificar como el instintivo acceso de aprensión que era en realidad. Me hubiese bastado recordar que Cathy, al fin y al cabo, era medio irlandesa para entender lo que se estaba incubando en su linda y bien dotada cabeza, pero mis propias capacidades deductivas nunca han operado con tanta celeridad. Y ya, por otra parte, Rubík había terminado su traducción, que el camarada de la Agitprop había acogido con un casi solemne movimiento asentidor de su maciza cabeza esclava.

—Mi vida, camarada —continuó Michael O'Malley sin haber aprovechado la pausa de la traducción para comprobar el efecto de lo que acababa de decir en los semblantes de sus oyentes—, que todavía no llega a ser muy larga como es fácil de advertir con sólo echarme una ojeada, ha estado sin embargo comprometida desde mi más temprana edad, en realidad desde la cuna, porque nací en hogar de proletarios hijos de campesinos expropiados por la rapacidad británica, mi vida, digo, ha estado comprometida desde entonces con la lucha de los oprimidos y los explotados de este mundo.

Volví a mirar a Cathy, todavía sin saber exactamente por qué, y esta vez percibí que el azul intenso de sus ojos había empezado a adquirir aquella tonalidad violeta que solía delatar cualquier alteración profunda de su estado de ánimo. Mientras Rubík volvía a traducir en su lengua atiborrada de consonantes, miré a Havlíčková y creí notar que su satisfacción inicial empezaba a convertirse en algo comprensiblemente parecido a un incipiente fastidio. Pero el irlandés retomó la palabra casi sin dar tiempo a que Rubík terminara de pronunciar la última de las suyas:

—Y si digo *en este mundo*, camarada, no es, y lo hago constar por más que entre nosotros no sea necesario, porque comparta yo la despreciable superstición

que por desgracia embrutece y enajena a la mayoría de mis compatriotas desde que la pandilla ensotanada que tiene su cubil en Roma se aprovechó de su ancestral inocencia céltica para esclavizar sus almas simples y desprevenidas.

El camarada Rubík llenó sus pulmones con una aspiración profunda del aire saturado por el humo de la pipa del colega australiano, y casi imploró:

—¿Puedo resumir, camarada Michael?

—Si lo consideras absolutamente necesario, camarada Bedrich —concedió el interrogado sin inmutarse, fija la mirada en el retrato de Lenin que desde una de las paredes de la sala parecía observarnos con aquella expresión entre benévola y socarrona que nunca he podido descubrir en otro semblante humano, como no sea (y de mis dotes de fisonomista sólo respondo yo) el de *La Gioconda* y el del negro que me enseñó a boxear a los quince años. Esto, claro, lo estoy pensando ahora, porque entonces, a aquellas alturas de la perorata de Michael, no estaba mi ánimo ni el de nadie para tales sutilezas. Lucille la canadiense había empezado a moverse en su silla como si en ésta hubiese brotado súbitamente un hormiguero. Lester y Susan cambiaban rápidas miradas de soslayo, como para no afrontar rostros ajenos. El australiano extraía humo de su pipa con lo que en otro espécimen de sangre menos densa

me hubiera atrevido a calificar de evidente irritación nerviosa. Dinos Cacoyannis, demostrando (sin duda involuntariamente) que la disposición filosófica le venía de raza, parecía por el contrario ir sucumbiendo paulatinamente a la tentación de una siesta extemporánea. En la actitud de los demás checos, fuera de Havlíčková y Rubík, no tuve ocasión de reparar: Michael continuaba ya, después de la breve pausa impuesta por la traducción, esta vez muy resumida, del camarada Rubík:

—...en *este* mundo, pues, camarada, que es el único que reconocemos y queremos transformar los partidarios del materialismo histórico, es donde el gran Stalin nos promete, con el aval de su sabiduría tantas veces comprobada, un próximo futuro de abundancia para todos los pueblos de la gloriosa Unión Soviética. ¡Y no sólo para ellos, camarada, estoy seguro! También a las fraternas democracias populares ha de alcanzar, y en la justa medida que...

Rubík levantó una mano en un ademán casi desesperado, pero Michael no se dignó concederle siquiera una mirada.

—...les corresponde, el bienestar, la dicha y la seguridad que el capitalismo jamás podrá deparar a la humanidad. Por eso, camarada, decía yo al principio de mi intervención que...

Rubík, tras una furtiva ojeada de consulta a Havlíčková, se decidió por la interrupción y, elevando con un evidente esfuerzo el tono de su voz, reanudó la traducción sin esperar a más. El irlandés volvió a fijar la mirada en el retrato de Lenin, y yo creí advertir que su semblante (el de Michael, no el de Vladimir Ilich) palidecía ligeramente. Lucille carraspeó en tres tiempos y el australiano vació las cenizas de su pipa golpeando el cenicero que tenía por delante con tanta fuerza que me hizo temer por la integridad del grueso cristal cortado. El ruido pareció sacar a Dinos de su indecisa duermevela, y yo busqué en vano los últimos vestigios de bienamado azul en los ojos de Cathy, definitivamente ensombrecidos tras la genuina espesura de sus pestañas, que solían hacer de cada parpadeo un fugaz e inaudible aplauso ciliar. (Así se lo dije una vez, en un español muy despacioso para ver si colaba el dardo por el costado lusitano de su sensibilidad, y juzgué haber acertado porque comentó sin pensarlo mucho que mi imagen le parecía tan original, y casi tan exaltante, como aquella de que un fantasma recorre a Europa. ¿Ahora se entiende mejor por qué la amaba, encantos físicos aparte?).

Pero Michael desbarató mi conato de evocación sentimental con la primera frase de su reanudada efusión oratoria:

—Recordaba yo, camarada, cuando fui interrumpido hace unos momentos, lo que había expresado al principio de mi intervención. Decía que el extraordinario informe que acabamos de escuchar había abierto nuevos y aun insospechados horizontes a mi vida de combatiente por el socialismo, y ahora, precisamente ahora, camarada, después de haber hecho constar mi seguridad de que la próxima transición al comunismo en la Unión Soviética no podrá dejar de reflejarse palpablemente en las democracias populares, quiero explicar en qué consisten exacta y concretamente mis muy personales, pero en modo alguno egoístas, expectativas y esperanzas.

Rubík, esta vez sin consultar a nadie, empezó a tomar apuntes en el cuaderno que había usado para el mismo fin mientras el camarada de la Agitprop rendía su informe. Havlíčková lo observó con expresión aprobatoria. Y Michael, sin darse por enterado, pero saboreando sin duda el triunfo que representaba la nueva actitud de Rubík, continuó lo que ya iba pareciendo cada vez más un discurso memorizado:

—Sucede, camarada, que yo vengo prestando mis servicios en esta empresa hace un año, nueve meses y diecisiete días..., y confío en que el camarada Rubík anote el dato con exactitud..., y en todo ese tiempo, camarada, no he faltado al trabajo un solo día, no he escatimado horas extras ni tareas que también, en rigor, podríamos

llamar extraordinarias; no he dejado de asistir a una sola de las reuniones que la dirección acostumbra convocar con frecuencia que tú, como funcionario del partido, de seguro no desconoces; he participado en todas las actividades a que me obliga mi condición de comunista, como por ejemplo la marcha de veinte kilómetros con que el pueblo checoslovaco y los camaradas extranjeros que aquí vivimos y trabajamos expresamos hace unos días nuestra solidaridad con el heroico pueblo coreano y en la que rindió su postrer jornada el último par de zapatos que me quedaba, y todavía, camarada, dicho sea con la franqueza que como tú bien sabes debe caracterizar en toda ocasión el trato entre comunistas, todavía, digo, no alcanzo a comprender, seguramente porque nadie me lo ha explicado, cómo el sacrificio de mi último par de zapatos pudo haber contribuido a la justa lucha del pueblo coreano contra la agresión imperialista...

Entonces, mientras Rubík, con la cabeza casi clavada sobre su cuaderno, garrapateaba con febril concentración (la taquigrafía, evidentemente, no formaba parte de su bagaje cultural), volví a mirar a Havlícková sin mover demasiado la cabeza porque un segundo antes me había percatado de que todos, por lo menos todos los que tenía frente a mí al otro lado de la mesa, habían iniciado el mismo movimiento con una simultaneidad que ahora, en el recuerdo, me parece casi có-

mica. Entonces no me lo pareció, desde luego, porque la perorata de Michael había tomado un sesgo totalmente inesperado e inquietante, por no decir ominoso: sus últimas palabras (ojo a las trampas subliminales del lenguaje: quiero decir sencillamente las que acababa de pronunciar *alli*) no eran de las que solían decirse (ni pensarse, en rigor) en un país que construía el socialismo frente a la hostilidad abierta de los perros rabiosos del imperialismo (la frase provenía del chino, idioma exótico pero prestigioso en aquellos días). Volví a observar, como decía, a Havlícková, y en la expresión de su rostro encontré la justificación de mi creciente azoramiento. Rubicundas por naturaleza (y por el colorete sobre el que Krúpskaya probablemente habría ironizado), sus mejillas parecían arder ahora como si alguien acabara de abofetearla. El camarada de la Agitprop, ajeno aún a la causa del desasosiego general por su ignorancia del inglés, dirigió su mirada al cuaderno de Rubík en el preciso momento en que éste rompía la punta de su lápiz por exceso de presión sobre el papel y se volvía tras un breve titubeo hacia su vecino de asiento, que era el australiano, en muda pero apremiante solicitud de auxilio. El australiano, que tan pronto como oyó el ruido de la punta del lápiz al quebrarse había apartado su mirada del rostro de Havlícková para posarla sobre el cuaderno de Rubík, alzó las cejas en un gesto de ficticio

sobresalto y a continuación, con un ademán casi solemne, sacó un lapicero del bolsillo superior de su saco de *tweed* convenientemente estropeado y se lo ofreció al agitado Rubík. Éste, con la pálida frente cubierta de gotitas de sudor, lo tomó rápidamente y reanudó su tarea, olvidándose, en su premura, de agradecer el favor que acababa de recibir. A todo esto, que ocurrió en mucho menos tiempo del que he tardado en relatarlo, el irlandés había proseguido su descarga oral a un ritmo cada vez más acelerado, como si temiera que alguien le impidiera terminar de decir lo que sin duda alguna estaba decidido a no callar costara lo que costara:

—Con todo, camarada, el prematuro fin de mi último par de zapatos es lo de menos, sin que eso quiera decir que sea cosa indigna de mención. Porque desde hace cuatro meses, cuando menos, vengo recorriendo todas las zapaterías de Praga, que no serán muchas pero sí unas cuantas, en busca de algo con qué cubrir mis nada exigentes pies. Repito, sin embargo, que eso es lo de menos. Lo de más, camarada, son otras cosas. Es, por ejemplo, el hecho de que mi sueldo no alcanza para mantener a *tres* personas, teniendo en cuenta que mi mujer dio a luz hace tres meses... un varoncito, por cierto, al que llamamos Joseph no hace falta decir en honor a quién..., y como es extranjera y no está empleada, no tiene derecho a la compensación por

maternidad que recibiría una ciudadana de este país. Es, también, el hecho de que el alojamiento que se nos asignó al llegar nunca nos ha permitido vivir con el mínimo de... no digamos comodidad, que es concepto muy relativo en una situación como la que vive este país y que yo de ninguna manera ignoro o subestimo..., sino de la simple privacidad que requiere una familia normal. Nunca he pedido lujos porque en mi propio país, siendo quien soy, jamás los conocí ni los deseé, pero contar con una sola habitación que hace las veces de dormitorio, estudio y sala de estar al mismo tiempo, y compartir una cocina y un cuarto de baño con otra familia, sin posibilidad siquiera de comunicación oral con sus *cuatro* miembros porque ni ellos saben inglés ni nosotros checo, es algo que...

—¡Camarada Michael! —estalló por fin Havlícková en su inglés más castigado que nunca, contraído el semblante y apretados los puños sobre la mesa—. Nada de lo que estás diciendo tiene la menor relación con el objeto de esta reunión. Por lo tanto, te pido que...

—La transición al comunismo en la Unión Soviética... —trató todavía de defenderse el irlandés.

—La transición al comunismo en la Unión Soviética —lo interrumpió a su vez la directora— no tiene nada que ver con tus pequeños problemas personales, que ya podremos discutir debidamente en otra ocasión.

—Es lo que vengo pidiendo hace meses, camarada.

—La reunión ha terminado —declaró Havlíčková en tono definitivo, y a continuación se volvió hacia el camarada de la Agitprop y le dijo unas palabras al oído. El otro asintió con un solo movimiento de la cabeza y empezó a ponerse de pie al mismo tiempo que la directora. Todos los imitamos, Michael el último, visiblemente alterado pero sin duda (así cuando menos me pareció a mí) no arrepentido. Havlíčková, con un gesto perentorio, le pidió el cuaderno a Rubík y éste se lo entregó sin decir palabra.

Al salir de la sala me le acerqué a Cathy. Antes de que pudiera decirle algo, me tomó por un brazo.

—Mais tarde, benzinho, mais tarde —me dijo por lo bajo y, soltándome el brazo con la misma rapidez con que había puesto su mano en él, se dirigió a su oficina.

Mais tarde fue esa misma noche, en el cuarto de la residencia de estudiantes que Cathy había logrado conservar después de separarse de su marido, un inglés becado en Praga. Cómo lo había logrado fue algo que nunca llegó a explicarme bien y que yo no me esforcé demasiado en averiguar. El inglés, entretanto, se había alejado con una camarada búlgara que compartía con él una previsible pasión por la economía política.

El cuarto era cómodo (en comparación con el mío, digamos, que en realidad pertenecía al hijo de una familia pequeñoburguesa venida a menos que por entonces hacía su servicio militar). Es verdad que en los baños, colectivos desde luego y desde luego separados por sexos, sólo había agua caliente dos veces por semana (el carbón para la calefacción era artículo severamente racionado), pero privaciones como ésa nunca han afligido demasiado a los hijos de la vieja Europa, maestros en el arte gatuno de asearse sin dispendio de recursos líquidos. (Cathy, en honor a la verdad sea dicho, era un dechado de higiene personal. De dónde le venía el buen hábito del lavado cotidiano nunca lo supe, pero le venía, y eso bastaba).

Esa noche, quiero decir esa noche hasta las nueve, que era la hora en que debían retirarse las visitas de *kolej*, el tema obligado de nuestra plática fue Michael y su andanada imprevista.

—No tan imprevista —acotó Cathy cuando yo utilicé esa palabra al comienzo de la conversación.

—¿Ah, no?

—No. Es que tú no lo conoces tan bien como yo.

—Es verdad: lo he tratado poco. Pero no vas a decirme que estabas esperando ese estallido.

—Tanto como estarlo esperando, no; pero tan pronto como empezó a hablar supe lo que venía.

—De eso me di cuenta. El color de tus ojos empezó a cambiar cuando yo apenas comenzaba a preocuparme.

—¿A eso te dedicas en las reuniones?

—¿A qué?

—A mirarme los ojos, acabas de decirlo.

—Bueno, te tenía enfrente. Y además, ¿por qué no? Es un espectáculo impresionante. Supongo que no soy el primero que te lo dice.

—Supones bien. El primero fue mi padre, que tiene alma de poeta... o de loco sublime, como su paisano Michael.

—¿Entonces sí te pareció una locura lo que hizo?

—¿A ti no?

—Bueno, no fue precisamente un alarde de sensatez, pero tenía sus razones, ¿no crees?

—Razones y razón no son la misma cosa. Y ahora no le van a reconocer ni las unas ni la otra.

—No, me imagino que no. Pero...

—La culpa de todo, en realidad, la tiene su mujer.

—¿Su mujer? ¿Por qué?

—Lo ha amenazado varias veces con volverse a Irlanda si él no consigue un aumento de sueldo y un apartamento para ellos solos.

—Pero ¿su mujer no es comunista?

—Ni de lejos. Católica de misa todos los domingos y confesión no sé cada cuánto. Reconozco que me gustaría saber cuáles son los pecados que le cuenta al cura, porque aparte de su mal carácter no me imagino qué otra cosa pueda confesar la infeliz.

—¿Y cuando Mike se casó con ella no pensó que esas diferencias podían causarle problemas a la larga?

—¿Y cuántas comunistas con cara bonita crees tú que hay en Irlanda?

—Yo conozco una.

—Muito obrigada, pero no es exacto. El irlandés es mi padre; yo nací y crecí en Londres. Y me casé con un inglés.

Intenté aprovechar la oportunidad que su última frase me había presentado:

—Hablando de eso, Cathy..., ¿qué hay de tu divorcio?

—Nada por ahora. No es fácil para dos extranjeros divorciarse aquí.

—Pero no será imposible. Yo...

—¿Tú qué?

—¿Por qué lo preguntas? Ya te lo he dicho varias veces.

—No tienes que recordármelo. Y cada vez te he contestado que ni tú ni yo vamos a vivir aquí toda la

vida. Tú volverás a tu isla cuando te llamen y yo volveré a la mía tan pronto como Alec acabe de estudiar aquí y podamos divorciarnos allá. ¿Tú podrías vivir entre la niebla el resto de tus días?

—La niebla sería lo de menos, pero tengo una responsabilidad en mi país.

—¿Y yo no, camarada? Pero no podemos saber quién habrá de irse primero, así que mejor no pensemos en eso. Ahora, ¿qué tal una taza de té con estas galletitas que encontré por ahí el otro día y no están tan mal? El café se me acabó, lo siento.

—No hay problema. Ninguna de las dos cosas me gusta.

Mucho menos me gustó lo que supe por Cathy dos días después, mientras almorzábamos juntos, como de costumbre, en el comedor de la empresa.

—¿Qué sabes de Mike? —le pregunté—. Ayer no vino a trabajar, y hoy tampoco.

—Ni vendrá mañana —me respondió sin mirarme—. A estas horas debe de estar en Londres.

—¿En Londres? —el tenedor con el trocito de *knedlík* quedó en suspenso frente a mi boca.

—Eso dije. Camino a Dublín tal vez, porque el boleto de avión valía hasta allá.

—¿Boleto de avión?

—Pareces eco, camarada.

—¡Carajo, no es para menos! —el exabrupto me salió en español, que el portugués de Cathy asimiló sin dificultad. Con la siguiente frase volví al inglés—: ¿Quieres decir que se fue?

—No por su propia voluntad.

—Lo fueron, entonces —regresé una vez más al castellano.

—¡Ah, bien expresado! Eso en inglés no funcionaría tan bien. En portugués tal vez, déjame ver...

—¡Cathy, por favor! Si eso es verdad, no es tema de broma.

—Es verdad, y baja la voz, que la información todavía no es oficial. Y quizá nunca lo sea: a mí me enteraron porque soy..., porque era su ayudante.

—Pero, dime —casi susurré—, ¿nadie habló con él antes de...

—No lo sé. Pero supongo que de alguna manera le notificaron su despido y su..., ¿cómo decirlo?

—Su deportación.

—Es palabra fea.

—No conozco otra.

—Su invitación a salir del país, ¿no te parece mejor?

—Mierda, Cathy.

—Esas dos palabras juntas no me gustan.

—Las separa una coma, por si eso te tranquiliza.

—Bueno. Y además, no hay mal que por bien no venga: ahora podrá comprarse los zapatos que buscaba.

—¡Mierda, Cathy!

—Espero que la coma siga ahí, pero vuelve a bajar la voz o me cambio de mesa.

La bajé tanto que no alcanzó a escuchar mi siguiente frase:

—¿Cómo dices?

—Que lo que le pasó a Mike me parece terrible, eso fue lo que dije.

Ella chasqueó la lengua dos veces y movió la cabeza:

—No, no tanto. Yo más bien diría patético, simplemente patético.

—Vaya: otra palabra griega. Parece que me persiguen.

—¿Qué?

—Nada importante. Olvídalo.

Yo no la olvidé. La palabra, digo. En algo tenía que pensar, aunque fueran palabras griegas, para ir sacándome de la cabeza la historia del irlandés. Porque si bien me había parecido excesiva, imprudente y hasta estúpida la conducta de Michael en la reunión, también me parecía desproporcionada e injusta la medida tomada contra él. Si él había planteado sus problemas

en la debida forma ante la dirección de la agencia, como decía haberlo hecho varias veces y yo no tenía razón para pensar que mentía, ¿por qué no habían atendido sus quejas? ¿O las habían atendido y le habían explicado la imposibilidad de darles satisfacción? Y si ése había sido el caso, ¿por qué no había aceptado él las explicaciones? ¿Por las presiones insostenibles de su mujer? Eso había afirmado Cathy, pero ¿se podía juzgar a una mujer por lo que opinara de ella otra mujer? La prudencia más elemental indicaba que no; sin embargo, seguía siendo cierto que toda regla tiene su excepción. Habría que pensar en eso con más calma, pero ahora se trataba de otra cosa. A Michael, me decía, lo habían juzgado tan sumariamente como si hubiera soltado su quejoso discursito en una barricada asediada por un enemigo implacable. Sólo que, pensándolo un poco, cabía preguntarse si no era ése precisamente el caso. Si el secretario general del partido, y con él una docena de miembros del comité central, habían sido detenidos y acusados de connivencia con el imperialismo y su cómplice mayor, el infame mariscal Tito, ¿no había que juzgar en ese contexto evidentemente siniestro cualquier crítica a la situación del país, aunque sólo tuviera que ver con un apartamento incómodo y la dificultad para adquirir un par de zapatos nuevos? Michael había cometido

una idiotez, eso era claro; pero ¿no tenían también los idiotas el derecho a la autocrítica y a la rectificación de sus errores? Tratándose, sin embargo, de un idiota extranjero, y extranjero occidental para colmo de males... Incluso podía pensarse que el boquiflojo irlandés había salido mucho mejor librado que un nativo en su misma situación. A lo mejor estaba en lo cierto Cathy y todo aquello no pasaba de ser un episodio “simplemente patético”. Patético, de *pathos*. ¿Sabría realmente Cathy lo que quería decir esa palabra? ¿Sería capaz, por ejemplo, de relacionarla con “peripatético”? ¿Qué podría saber mi amiga del sistema filosófico de Aristóteles? Curioso, ahora que pensaba en eso: nunca se me había ocurrido preguntarle qué había estudiado antes de hacerse periodista. ¿Cómo podía enamorarse uno de alguien sin saber prácticamente nada sobre su pasado? Pura irracionalidad, sin duda, pero ¿no era precisamente esa desavenencia entre el encéfalo y las hormonas lo que aseguraba, aunque fuera a trompicones, la perpetuación de la especie? Buen tema para una reflexión futura, pero mala medicina para mi dolencia anímica del momento. Un sedante de efecto pasajero era lo que ésta parecía reclamar. *Pathos*, pues. *Emoción*, recordé que había traducido mi profesorcito de introducción a las humanidades hacía casi diez años. Pero ¿cualquier emoción? Bueno, ahora se me presentaba

la ocasión de averiguarlo. Ahí estaba Dinos, bien dispuesto a satisfacer mi curiosidad por la lengua inmortal de sus ancestros.

—¿Pathos? —repitió Cacoyannis mi pregunta a la salida de su cubil telefónico, enseñándome otra vez los dientes, pero ahora en una sonrisa amistosa—. ¿Usé yo esa palabra en la llamada de hoy?

—No, no; hace días que quería preguntarte. Tengo una noción, pero tal vez no sea muy exacta.

—Desde luego, porque significado exacto en el sentido de significado único, no lo tiene tampoco en griego.

—¿Ah, no?

—En ese sentido, no. Depende de cómo se use la palabra. En relación con qué, quiero decir.

—O sea en qué contexto.

—Así es.

Pero yo no quería hablar de contextos en el caso que me había llevado a interrogar a Dinos, como no fuera con Cathy o con mi propia conciencia, así que opté por la moderación intelectual:

—Bueno, pero algún significado general podrás indicarme, algo que me oriente más o menos en su uso, ¿no?

Dinos enarcó las cejas y pareció reflexionar unos instantes.

—Lo que sucede —dijo al fin, casi suspirando— es que los griegos de aquellos tiempos no eran muy dados a las generalidades. Lo que buscaban era la concreción del mundo, y pensaban que ésta sólo se da en sus particularidades. Por eso fueron capaces de imaginar el átomo antes de tener la posibilidad material de descubrirlo.

Válgame Dios, me dije. ¿Así que Dinos...? Y yo que me lo había imaginado, en su pasado inmediato, sólo como un guerrillero hirsuto reptando entre los breñales de alguna montaña griega. Como si para ser guerrillero hubiera que ser analfabeto. Vergüenza debía darme después de haber leído tantas cosas sobre los *maquisards* franceses, por ejemplo. ¿O es que aquéllos, por ser franceses...? Claro, la francofilia heredada de mis mayores, cómo no. Lo que descubre uno cuando se pone a escarbar sin saber lo que está buscando.

—Bueno..., la verdad es que yo no había previsto esas complicaciones. Te confieso que mi curiosidad es más bien... superficial, digamos.

—Te entiendo, te entiendo —aceptó Dinos—. Entonces, mira, déjame decirte varios significados posibles de la palabra. *Posibles*, ¿eh?, según el contexto de que se trate.

—Eso, eso es lo que me interesa.

—Bueno. Pathos puede traducirse como sentimiento, pero ese sentimiento puede ser muchas cosas: tristeza, compasión, melancolía..., hasta enfermedad: de ahí patología. Por eso, como te explicaba, decir pathos sin más no es decir mucho. Sentimiento, sí, pero ¿cuál sentimiento? ¿Me entiendes?

—Claro. Luego decir que algo es patético, tampoco es decir gran cosa.

—Bueno, si no es un sabio el que está hablando, seguramente quiere decir digno de lástima o algo por el estilo.

—Stilus, sí, aunque ya no escribamos con un punzón sobre la cera; pero de ahí viene, ¿no?

—¡Bravo! —exclamó Dinos—. Pero si sabes todo eso, ¿para qué te sirvo yo?

—No, hombre, no me hagas caso. Gracias por la información sobre pathos.

—No hay de qué.

—Dinos, si no tienes inconveniente, ¿podría hacerme otra pregunta, más bien personal?

—Tú dirás.

—¿Qué hacías en Grecia antes de salir del país?

—Cuando se tomó la decisión de mandarme al extranjero, trabajaba en la prensa del partido. Clandestina, por supuesto.

—Me imagino. ¿Y antes de eso?

—Antes de eso —sonrió—, era algo más importante. Era obrero portuario en el Pireo, como mi padre y mi abuelo. ¿Y tú?

Yo, que no había previsto la contrapregunta, contesté partiendo de la última parte de su respuesta:

—Mi abuelo era médico, Dinos.

—Bueno, no te preocupes —me palmeó un hombro—. El de Marx era rabino, y mira el nieto que le salió.

Una vez cada quince días les tocaba a dos redactores prestar servicio nocturno para recibir y elaborar la información más urgente que llegaba por el teletipo. No era trabajo que me disgustara, sobre todo en el verano, cuando podía aprovechar el día siguiente, que en compensación tenía libre, para irme a remar al Moldava, husmear en las dos librerías de Praga que vendían libros y revistas extranjeros (extranjeros pero con certificado de buena salud ideológica expedido por las autoridades competentes) o ir a conversar con los camaradas latinoamericanos o españoles que vivían interinamente en la ciudad. Había conseguido, aduciendo la plausible razón de que mi inglés no era el más impecable de la agencia, que Cathy compartiera conmigo aquellos turnos, que duraban desde las nueve de la noche hasta las tres o cuatro de la madrugada. A esa hora solíamos caminar las

cuatro cuerdas que mediaban entre el edificio de la agencia y la Plaza de Wenceslao y allí tomábamos un taxi que depositaba a Cathy a las puertas de su *kolej* y después me llevaba a la casa donde yo vivía en el sector de Vinohrady. (El taxi siempre lo pagaba yo, dando una propina que no por módica dejaba de violentar mi conciencia socialista).

En varias ocasiones, sin embargo, logré convencer a Cathy de que me acompañara a recorrer los vericuetos de la Ciudad Vieja, tan desiertos y oscuros a esas horas (el alumbrado público también estaba racionado) que no me costaba mucho esfuerzo imaginarme transportado a los días medievales del rabino Löw, cuyo Gólem podía aparecer a la vuelta de cualquier esquina para defender a los judíos praguenses de los desmanes de algún *pogrom*. Aquellos paseos terminaban por lo general en la plaza frente al edificio del viejo ayuntamiento (después de pasar ante la casa donde nació Franz Kafka, sólo que entonces yo no sabía que allí había venido al mundo el hijo del terrible Hermann y la mansa Julie, y nadie en Praga, nadie entre mis conocidos cuando menos, estaba dispuesto a satisfacer curiosidades sobre un escritor tan mal visto por los constructores de una nueva humanidad).

El edificio del viejo ayuntamiento había sido el único dañado seriamente durante toda la Segunda Guerra Mundial. Todavía estaba a la vista su parte de-

rruida, sin duda como un recordatorio público de los males de la ocupación; pero yo, que había estado hacía poco en la Varsovia arrasada por los nazis, no podía dejar de establecer comparaciones que nunca comentaba con mis amigos checos. A Cathy sólo le dije una de aquellas noches:

—Parece que los aviadores alemanes que bombardearon a Praga tenían mala puntería, si ése fue el único impacto directo que lograron.

—No —me aclaró ella, que había llegado al país año y medio antes que yo y estaba mejor enterada de ciertos pormenores—: Praga nunca sufrió bombardeos aéreos. Eso lo hizo un cañonazo alemán durante el levantamiento de los checos en mayo del 45. Y es curioso, ¿sabes?, pero los rusos tomaron a Berlín antes que a Praga.

—Y, sin embargo —recordé, porque eso sí lo sabía—, la guarnición alemana aquí peleó como si estuviera ganando la guerra.

—Porque sus comandantes les ocultaron la noticia de la caída de Berlín. Cuando vinieron a enterarse, Alemania ya se había rendido.

—Eso me han contado, pero ¿por qué no se encargaron los checos de dar la noticia a tiempo?

—Lo hicieron, naturalmente, pero los soldados alemanes pensaron que era propaganda.

—Bueno, era de esperarse. Si en aquellos días los alemanes hubieran dicho que habían bombardeado a Nueva York, yo tampoco lo habría creído. Y Goebbels era capaz de eso y más.

—Y Lord Haw-Haw decía mentiras más grandes que ésa por Radio Berlín.

—¡Ah, el famoso Lord Haw-Haw, claro! ¿Tú lo oíste alguna vez?

—Ya lo creo. En Londres lo sintonizábamos para divertirnos. Tenía su gracia el hijo de puta, no vayas a creer.

—¿Y qué hicieron los ingleses con él después de la guerra?

—Lo meterían a la cárcel, me imagino.

—¿No lo fusilaron, entonces?

—¿Sólo por hablar? No, eso sería muy poco inglés. Además, los ingleses no fusilan como los continentales; ahorcan. Pero la verdad es que no recuerdo bien qué hicieron con el fulano. Lo que nunca olvidaré es que fue el primer inglés que oí hablar con verdadero acento de Oxford.

—¿Cómo es posible, viviendo en Inglaterra?

—Vivir en Inglaterra no le da derecho a nadie a co-dearse con la aristocracia, querido. Y menos a la hija de un emigrante irlandés.

—Ya veo. Pero, volviendo a lo de antes, ¿por qué no resistieron los checos a los alemanes en 39, cuando los

invadieron? Se decía que tenían un buen ejército. Mejor que el de los polacos, y los polacos pelearon.

—Sí, lanzando la caballería contra los tanques. Muy heroico y muy suicida. Pero los checos no son los polacos. Cuando los ingleses y los franceses los vendieron en Múnich, decidieron que no tenía sentido luchar solos contra Alemania.

—¿Con todo y que los soviéticos les habían propuesto una alianza para defenderse de Hitler?

—Recuerda que aquí había entonces un gobierno burgués que no estaba dispuesto a abrirle las puertas del país al Ejército Rojo. Desde su punto de vista, hubiera sido peor el remedio que la enfermedad.

—¿Prefirieron a los nazis, pues?

—Tanto como preferirlos no, porque al fin y al cabo eran demócratas de la vieja escuela. Más bien hicieron un cálculo. Contaron con que Inglaterra y Francia acabarían por enfrentarse a Hitler porque éste no iba a detenerse aquí, contaron con que los Estados Unidos entrarían a la larga en la guerra y eso aseguraría la derrota de Alemania y el restablecimiento de la independencia de Checoslovaquia.

—Otro Versalles, en fin.

—Otro Versalles y otro Woodrow Wilson, que por algo tiene su estatua frente a la estación central del ferrocarril, que hasta el otro día se llamó Wilso-

nova. Un cálculo, como dije. Con lo que no contaron fue con que a los alemanes los iban a sacar de aquí los rusos, no los aliados occidentales que sólo llegaron hasta Pilsen.

—Aprovecharon la cerveza, cuando menos. Pero, entonces, ¿para qué un levantamiento antes de que los rusos llegaran?

—El levantamiento era obligatorio. La cuestión era ver quién recibía a los rusos con una victoria sobre los alemanes en su haber. Si los comunistas no hubieran encabezado el alzamiento, lo hubieran hecho los que seguían a los partidos apoyados por las potencias capitalistas. Y con todo y eso, los comunistas tuvieron que gobernar en coalición con los partidos burgueses hasta 48. Sólo entonces se decidió quién iba a gobernar en definitiva este país.

—Y porque se decidió como se decidió, estamos tú y yo aquí.

—La conclusión es correcta —dijo Cathy con aire fatigado—, pero ¿te parece que éste es el mejor lugar y la mejor hora para ilustrarnos mutuamente sobre los grandes hechos de la historia contemporánea? Mejor los sueña cada uno en su cama, ¿no? —y me tiró del brazo para obligarme a levantarme de uno de los escalones del monumento a Jan Hus en el centro de la plaza vieja donde estábamos sentados.

Y como la vida no suele fruncir el ceño ante los excesos juveniles, sino que en ocasiones llega a premiarlos, a aquellas horas no tuvimos que recurrir a un taxi: los pequeños tranvías amarillos —que a mí se me antojaban de juguete porque me recordaban los de mi infancia en mi propia ciudad— ya habían empezado a transportar a los obreros del primer turno de las fábricas en las afueras de Praga.

—Ahí tienes —dijo Cathy cuando se lo hice ver—. Al fin podremos sentirnos como proletarios respetables.

Durante varios días me dio vueltas en la cabeza la frase de Cathy. ¿Qué había querido decir exactamente mi amiga con aquello de que “al fin” habíamos podido “sentirnos como proletarios respetables”? En el momento en que lo dijo me pareció una buena broma, y como buena broma lo recordé mientras mi tranvía repechaba la larga cuesta de Vinohradská (que entonces, cómo olvidarlo, se llamaba Stalinova). Pero al día siguiente me desperté interpretando la frase de otra manera. ¿No habría revelado Cathy, tal vez sin proponérselo, que nuestra relación le inspiraba un sentimiento de culpa que yo ni por asomo había compartido hasta ese momento? Y si ése era en efecto el caso, ¿lo compartía ahora? Me hice la pregunta mientras trataba de afeitarme con el agua perversamente fría del lavabo (a mi casera le pa-

recía una extravagancia aquello de calentar agua en la cocina para una operación tan simple como quitarme los pelos de la cara; más extravagante le parecía, y yo no lo ignoraba porque no había dejado de decírmelo en dos ocasiones, bien que disfrazando su entrometimiento con una sonrisita bonachona que no habría engañado ni a un recién nacido, el bigote que me había dejado crecer desde que el espacio sobre mi labio superior dio pública constancia del advenimiento de mi hombría; pero ella qué iba a entender de afeitadas ni del cuidado de un bigote si como buena centroeuropea dejaba prosperar impunemente la nada atractiva vellosidad de sus piernas y sus sobacos).

Así que, como decía Cathy y sin duda tenía razón, había un comportamiento propio de proletarios respetables. Pero eso implicaba, por deducción elemental, que debía haber otro propio de proletarios no respetables (tal vez los lumpen; pero no, porque ésos eran desclasados y al desclasarse dejaban de ser proletarios: problema que habría que resolver con el rigor analítico necesario). Y desde luego también habría otro de pequeños burgueses respetables (¿existiría tal cosa?) y todavía otro de pequeños burgueses no respetables (género archiconocido y por lo tanto nada problemático). Los burgueses y los grandes burgueses, por supuesto, nunca podrían ser respetables, a menos que dejaran de comportarse

como tales, y entonces, claro, dado que es la existencia la que determina la conciencia y no a la inversa, pasarían a ser otra cosa. ¿Cuál otra cosa? Una buena pregunta para los camaradas chinos, que habían teorizado con mucha sutileza sobre las relaciones de clase en los periodos de transformación revolucionaria. Pero yo no conocía a ningún chino. De todos modos, ni siquiera un chino bien pertrechado de dialéctica materialista podría ayudarme a descifrar el verdadero sentido (consciente o inconsciente, para el caso daba lo mismo) de la frase de Cathy.

Mientras más me torturaba la piel de la cara el concertado trío de enemigos que esa mañana, como todas, se ensañaban contra ella —el agua fría, la jabonadura mezquina y la navajita que aun siendo nueva carecía de filo suficiente—, más me convencía yo mismo de la naturaleza críptica (¡otra palabra griega, y dale!) de la frase de Cathy. A ver, me dije: ¿qué podía haber de poco respetable en nuestro comportamiento común? Común, sí, porque sólo así podía explicarse que hubiera usado el plural de la primera persona al enunciar aquello. Aquello, me repetí en el momento en que un hilillo de sangre empezaba a manar de una cortadura en el borde de mi mejilla izquierda, no podía ser otra cosa, en el fondo, que la confesión de un malestar moral causado por la naturaleza irregular de nuestra relación. Sólo que esa

conjetura (pues a eso, en realidad, se reducía todo mi razonamiento) no podía tener su origen sino en mi propia conciencia atribulada. La frase de Cathy nunca hubiera podido, por sí sola, provocarme toda esa desazón si en mí mismo no hubiese estado incubando, como un huevo maligno de lenta gestación, el mismo malestar inconfesado. Así, pues, ¿compartía yo o no compartía el sentimiento de culpa que creía haber descubierto en mi amiga? La misma palabra “amiga”, me dije ahora que nada parecía poder detener el proceso de autoanálisis desencadenado en mi cabeza, ¿no era un eufemismo con el que mi conciencia intentaba defenderse de lo que ella había venido imputándose a sí misma en forma hasta ahora irrazonada? Amigas eran todas, o casi todas, mis compañeras de trabajo; pero con ninguna de ellas había hecho yo lo que venía haciendo con Cathy de varios meses a esta parte. Amante, pues, para no darle más vueltas al detalle. Mejor dicho: para dárselas bien dadas. Y despacio, tan despacio como iba afeitándome ahora que la navajita traicionera acometía la zona más vulnerable de mi garganta.

¿Qué de reprochable había en el hecho de tener una amante? Qué de reprochable, por supuesto, desde el punto de vista de la moral proletaria, que no tenía nada que ver con la hipócrita moralina burguesa. ¿Por qué había condenado siempre mi partido ese tipo de relación

amorosa? La razón la conocíamos todos: la conducta de un comunista no debía constituir jamás un mal ejemplo para la clase obrera. ¿Y en qué consistía el mal ejemplo? Obviamente, en el hecho de que el concubinato privaba a la mujer de los derechos, por menguados e incompletos que fueran, que le garantizaba el matrimonio. En otras palabras, el amasiato (¿por qué serían siempre tan feas las palabras que denotaban ese estado?) no era sino una forma más de la opresión y la explotación de la mujer en una sociedad burguesa. ¡Ah, pero Cathy y yo no vivíamos ahora en una sociedad burguesa! Aquí la mujer gozaba de los mismos derechos, en todos los terrenos, de que gozaba el hombre. ¿En *todos*, verdaderamente, incluido el psicológico, el anímico o como quiera llamársele? Posiblemente en ése no, de acuerdo; pero una revolución tiene que transformar primero las estructuras y sólo después se dan, inevitablemente o poco menos, los cambios en las superestructuras. Además, las superestructuras de Cathy no podían ser las de cualquier hija de Eva. Había nacido y se había formado en el país capitalista que reconoció antes que ninguno los derechos de la mujer. Y, más importante que eso, era comunista, tan comunista como yo. No podía haber, en consecuencia, ningún elemento de opresión ni de explotación en la relación que sosteníamos Cathy y yo; y, por lo tanto, ninguna posibilidad de mal ejemplo

para ningún trabajador. La navajita, me pareció, se deslizaba ahora sobre mi piel con una suavidad inusitada; y aun el agua fría parecía ayudar a contener la pequeña hemorragia de la cortadura. La mitad de mi problema, pues, quedaba resuelta: yo no tenía por qué compartir el sentimiento de culpa de Cathy. La otra mitad consistía en convencer a Cathy de que ella, por principio de cuentas, no tenía por qué abrigar ese sentimiento. Cuestión de hablar con mi amiga —mi amante, ¡al Diabolo el eufemismo!— a la primera oportunidad y con toda la franqueza que demandaba el caso.

Esa primera oportunidad tardó dos semanas, porque aquel mismo día la agencia despachó a Cathy a Moscú con la encomienda de informar sobre una reunión del ejecutivo de una de nuestras organizaciones internacionales. Cuando regresó, al cabo de una semana, venía cansada y sufriendo las incomodidades de su mes, así que me pidió que por el momento no la visitara en el *kolej*. Tuve que esperar, pues, a nuestro siguiente servicio nocturno para comunicarle mis reflexiones sobre nuestra relación, maduradas y depuradas, me parecía, al cabo de los quince días en que había vuelto sobre ellas una y otra vez, casi con el mismo regodeo mental que solía preceder a mis encuentros con Cathy en el cuarto del *kolej*.

Llegué a la oficina antes que ella, y mientras la esperaba hojeando el último número de *Krokodil*, cuyas caricaturas a veces me divertían aun sin entender la tipografía cirílica que las acompañaba, empecé a sentir los efectos de una situación inesperada. La soledad del lugar, el silencio apenas perturbado por el apagado teclado del teletipo en otra pieza del mismo piso, y la atmósfera que en ausencia de las diez o doce personas que trabajaban allí durante el día se volvía agradablemente fresca por las noches, empezaron a obrar sobre mi ánimo de manera contraria a la habitual. En vez de hacerme sentir cómodo y de predisponerme al trabajo sin la tensión que el ajeteo diurno generalmente me ocasionaba, ahora parecían empeñarse en distraer la débil atención que intentaba prestar a las páginas de la revista rusa. ¿Nerviosismo, entonces? Pero si no había ninguna razón, me dije, para temer que a Cathy pudiera resultarle molesto lo que tenía pensado decirle tan pronto como llegara. ¿No la había, realmente? ¿Tan seguro estaba yo de los méritos de mi razonamiento? Buena hora para hacerme esas preguntas. Cerré la revista y me puse de pie sin un propósito definido, movido, más bien, como reconocí enseguida con disgusto, por el absurdo desasosiego que sentía avanzar a saltos sobre mis frágiles defensas improvisadas. Casi sin pensarlo encaminé mis pasos a la pieza

donde funcionaba, incansable y descarado, el Viejo Pirata de la agencia: el teletipo de cinta que Cathy y yo habíamos bautizado así porque algún experto lo había acondicionado para que captara sin pago de derechos las transmisiones de una de las grandes agencias informativas de Occidente. El exiguo volumen de la cinta acumulada al pie del aparato me reveló que teníamos por delante una noche poco atareada; en eso, cuando menos, parecía sonreírme la suerte. Con todo, recordé precaviendo un vuelco sorpresivo de la situación, en Nueva York apenas iba mediando el día. Recogí la punta de la cinta y me enteré con una punzada de satisfacción de que los Dodgers habían aplastado a los Gigantes con un cuadrangular de Jackie Robinson en la novena entrada y con las bases llenas. Imaginé un Ku Klux Klan enfurecido y un Harlem traspasado por el júbilo, y pensé que *Pravda* debería tener una sección deportiva para ocuparse de esas cosas, porque lo que era *Sovietski Sport* sólo se interesaba por la gimnasia y el fútbol soccer. Y mitigando mi impaciencia con esas cavilaciones comprendí que mi estado de ánimo empezaba a mejorar. El ruido de la puerta principal al abrirse y volver a cerrarse, y el rumor de los bien conocidos pasos rápidos por la sala de redacción, acabaron de devolverme la confianza que había estado a punto de perder hacía tan sólo unos minutos.

Cathy me preguntó antes de que llegara a su lado:

—¿Qué cuenta Francis Drake esta noche?

—Jackie Robinson tumbó la verja del Ebbets Field y sepultó a los Gigantes empujando cuatro carreras.

—¿Qué?

—Olvidalo. Cosas del béisbol.

—Ah..., ese cricket pervertido de los yanquis.

—¡Ja!

—¿Sólo eso?

—Bueno, parece que MacArthur sigue avanzando en Corea.

—Hm-m. Habrá que esperar nuestro cable de Piongyang.

—Sí, claro. Oye, Cathy...

—¿Qué?

—¿Te sientes bien?

—¿Por qué lo preguntas?

—Te ves cansada.

—Me veo y me siento. Como un perro apaleado —y se dejó caer en una silla con los brazos colgando a los lados de su cuerpo.

—¿Tan mal te fue en Moscú? Yo pensé que sería la rutina de costumbre.

—Pues no lo fue. Y el cansancio que traigo no es sólo físico.

—¿Ah, no?

Me miró como si estuviera buscando la manera de explicarse mejor, pero sólo dijo:

—Mira, ¿por qué no me preparas un café? Dormí toda la tarde, pero todavía no acabo de despertar.

—Seguro. Yo..., bueno...

—¿Qué pasa?

—No, nada. Yo también tomaré café.

—Mejor así. ¿Tienes un cigarrillo? Olvidé en el kolej los que traje de Moscú. Pero más vale: tres cuartas partes de cartón enrollado por una de tabaco perfumado.

—Hubieras comprado Majorka.

—Parece que sólo lo fuman los cosacos.

—Bueno, aquí están mis Partyzánki. Voy a hacer el café.

—Espérate, présteme el cigarrillo. También se me quedó el encendedor en... ¡Oh, Cristo!

—Calma. Aquí tienes. —Vi que su mano temblaba ligeramente mientras sostenía el cigarrillo entre sus labios sin pintar—. Agárrate del escritorio, que no tardo.

No tardé, en efecto, porque el café solía prepararlo yo a la turca y para eso bastaba con calentar el agua y verterla sobre el grano molido en el fondo del recipiente. Cuando regresé trayendo una taza humeante en cada mano, Cathy se llevó la suya a la boca con tal rapidez que me obligó a sujetarle la mano:

—¡Cuidado no te quemes! Dejé que el agua empezara a hervir.

—No importa. Mi lengua tiene menos sensibilidad que un trapo.

—Empiezas a preocuparme, Cathy.

—Era tiempo, querido, pero no exageres. Eso sí: no se te ocurra invitarme esta noche a esperar el amanecer en la Ciudad Vieja.

—No, claro que no, pero..., ya que hablas de eso, resulta que yo he estado pensando en lo que me dijiste la última vez, cuando...

—Oye —me interrumpió como si no hubiera estado escuchándome—, desde que regresé no se me ha ocurrido preguntarle a nadie si ha habido noticias de Michael.

—¿De Michael? No, no que yo sepa. ¿Por qué lo recordaste ahora?

—No sé. Pero sucede que en Moscú me preguntaron por él.

—¿En Moscú? ¿Quién?

—Un irlandés que lo conoce, un camarada que estaba en esa reunión. Evidentemente no lo había visto en Dublín, y eso me hizo pensar que Mike se quedó en Londres.

—Bueno, sería explicable, ¿no? ¿Y qué le dijiste a su amigo?

—Que no lo veía hacía días porque estaba de vacaciones.

—¿Quién, tú?

—No, Mike.

—¿Que Mike estaba de vacaciones? ¿Eso le dijiste?

—¿Y qué diablos querías que le dijera? ¿No acabas tú de decir que sería explicable que se hubiera quedado en Londres? No pensarás que debí contarle toda la maldita historia.

—No, no digo que debiste hacer tal cosa, pero...

—Pero ¿qué?

—¡Oh, yo qué sé! Supongo que hiciste bien, después de todo.

—¿Después de todo? ¿Qué quiere decir después de todo?

—No quiere decir nada que no sea exactamente después de todo. Después de todo lo que pasó, ¿o quieres que te lo cuente yo ahora?

—Bueno, cálmate. No es para tanto.

—Eso digo yo.

—Ya, ya. Estamos hablando como dos idiotas.

—Yo diría que dos es una exageración. ¡Pero no, no, realmente no quise decir eso! Perdóname.

—No te oí. Pero debiste poner más café y menos agua en este brebaje.

—Si quieres te preparo otro.

—No, está bien. Creo que ya oigo mejor, y mis oídos me dicen que el Viejo Pirata sigue refunfuñando. ¿Por qué no vamos a ver qué tiene que contar ahora?

—Buena idea. A lo mejor hay algo interesante.

Con esa esperanza regresamos al escritorio para desenroscar la larga serpentina enmarañada que yo traía entre las manos como un gran nido robado que no convenía apretar más de la cuenta, pero cuya floja textura amenazaba deshacerse a cada paso con el consiguiente peligro de caer bajo mis pies y quedar todavía más enredada. Pero la costumbre me había hecho cuidadoso y llegué sin contratiempos hasta el escritorio.

Durante un cuarto de hora, entre un cigarrillo y otro, Cathy y yo repasamos el contenido de la cinta sin encontrar nada que por su urgencia requiriera la elaboración inmediata de un despacho. Cuando se daba el caso de hacer tal cosa, dejábamos el texto sobre el escritorio del corrector de estilo para que éste, al llegar por la mañana, lo revisara y se lo remitiera a Rubík, el único autorizado para ordenar su transmisión. Como los correctores de estilo eran Michael y Cathy, cuando uno de ellos prestaba servicio nocturno y tenía libre el día siguiente, Lucille la canadiense lo remplazaba por esa vez. Desde el despido de Michael, y supongo que por concesión a la rutina, Lucille había quedado a cargo de ese trabajo, conservando a Cathy como ayudante

(ahora que Cathy tenía el turno de noche, se le había pedido a Lester Sampson que la sustituyera al otro día). El material que no requería elaboración inmediata era clasificado, según su procedencia, por los redactores nocturnos y distribuido entre las diferentes secciones, de suerte que los encargados de éstas lo encontrarán sobre sus escritorios al comenzar su jornada.

—Bueno —le dije a Cathy después de terminar el reparto—, ahora cuéntame más despacio tu conversación con el amigo de Michael.

—Pero si ya te lo dije todo. Él sólo me preguntó por Mike y yo le contesté lo que ya sabes. La verdad es que no me atreví a contarle lo que había pasado, y eso fue lo que me..., lo que me deprimió, por no decir otra cosa.

—Sí, claro, te entiendo.

Ella me miró a los ojos hasta hacerme sentir incómodo.

—¿Estás seguro? —dijo a continuación en un tono que parecía expresar duda, reproche y desafío al mismo tiempo.

—¿Seguro de qué? —pregunté a mi vez con aplomo muy calculado, pero deseando vagamente, todavía sin saber por qué, que no me lo explicara.

—Seguro de que me entiendes. Yo misma no sabría..., bueno, quizá no tenga sentido seguir hablando de esto.

—Pero por algo empezaste a hacerlo. Y, además, tu pregunta es buena. Sinceramente, creo que no acabo de entenderte. El hecho mismo..., quiero decir la expulsión de Mike... no pareció afectarte mucho cuando ocurrió. Recuerdo que cuando te dije que me parecía terrible lo que habían hecho con él, me contestaste que...

—Que no lo era tanto.

—No exactamente. Dijiste que era simplemente patético.

—Ah, sí. Y lo dije porque así lo pensaba realmente.

—¿Y ahora no?

—Ahora no sé qué pensar. Mira..., el camarada irlandés no fue el único con el que hablé en Moscú. Hubo un camarada francés que se me acercó un día para invitarme a dar un paseo después de la sesión de trabajo. Te confieso que en un primer momento pensé que se trataba de un intento de seducción, pero tratándose de un hombre que por su edad podía ser mi padre, que sin duda era un cuadro político importante y no podía ignorar que aquella ocasión no era la más indicada para ese tipo de cosas, descarté la sospecha y acepté la invitación.

—¿Y qué quería?

—El paseo consistió sencillamente en regresar a pie al hotel donde nos quedábamos todos. Se disculpó

por no invitarme a tomar algo porque prefería hablar caminando, y enseguida me preguntó cuánto tiempo llevaba yo viviendo en Praga. Se lo dije y entonces me comentó que había estado aquí varias veces, que la ciudad le parecía bellísima, que conocía y apreciaba el trabajo de nuestra agencia porque el periódico de su sindicato recibía nuestros servicios, que era una lástima que sólo utilizáramos el inglés porque ellos no podían traducir todo lo que desearían...

—¿Y todo eso para llegar a qué?

—Eso me estaba preguntando yo cuando él mismo me dijo sin más rodeos que se sentía muy preocupado por los últimos acontecimientos en Checoslovaquia. Claro que me hice la idiota y le pregunté a qué se refería. En lugar de contestarme me dijo que sería un grave error menospreciar la capacidad de subversión del enemigo imperialista, que frente a sus intrigas y sus manobras toda vigilancia era poca, pero que..., y al llegar a ese punto el hombre por fin entró en materia.

—Parece novela policiaca, Cathy.

—Eso dímelo después si quieres, pero la cosa es más seria. Lo que quería saber era lo que pensaba yo sobre el proceso de Slánsky y su grupo.

—¡Poca cosa! ¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije, tratando de no ser ruda, que si él pensaba que por el hecho de vivir en Praga yo disponía de

mejor información que él, estaba equivocado. Me contestó que eso lo sabía sin que yo se lo dijera, pero que lo que le interesaba era otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Qué cosa?

—Saber si nosotros, los que estamos aquí, conocíamos ciertos detalles. Así dijo: detalles. Le pregunté cuáles y me contestó que en realidad se trataba de una sola cosa. Mejor dicho, de un solo hombre: Artur London. Uno de los acusados, ¿recuerdas?

—Claro: el ex viceministro de relaciones exteriores. ¿Y por qué le interesaba ése en particular?

—Porque sucede que lo conoce personalmente. Combatieron juntos en España y después en la resistencia francesa.

—Ya veo. Pero, mira, todo eso me parece...

—Espérate. Me preguntó si yo sabía que London es con cuñado de Raymond Guyot, miembro del politburó francés.

—¡Ahora espérate tú! Esto es casi increíble, Cathy. ¿Cómo es posible que ese individuo te haya empezado a hablar de esas cosas sin conocerte, sin saber quién eras, sin...

—Sigue esperando y ten paciencia, que falta lo mejor... o lo peor, según lo veas. Es que sí sabía quién soy.

—¿Lo sabía? Pero ¿cómo? ¿Qué sabía de ti?

—Sabía de quién soy hija.

—¿Qué?

—Sí. En España también conoció a mi padre.

—¿A tu padre? ¿En España?

—En las brigadas internacionales. Mi padre combatió con los voluntarios ingleses.

—¡Eso no lo sabía yo!

—No tenías por qué saberlo.

—Bueno, yo...

—Sí, ya sé lo que estás pensando. Pero no es que yo haya querido ocultarte nada. Es que..., bueno, mira, todavía no llevamos un año de conocernos. ¿Qué me has contado tú de tu familia?

—Nada. Pero...

—Y no te lo tengo a mal. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo, eso lo acepto. Lo que no entiendo es cómo sabía el francés que tú eres la hija de tu padre, es decir, de su compañero en España.

—Se encontraron en Londres hace poco, por casualidad. Bueno, *casi* por casualidad: en una librería socialista que ambos frecuentaban desde antes de la guerra. Conversaron, claro. Mi padre, entre otras cosas, le habló de mí, le dijo dónde estoy y qué hago aquí.

—Pero, con todo, ¿cómo te identificó? Tú usas el apellido de tu marido, no el de tu padre.

—Le hice la pregunta, pero se echó a reír y me dijo que tan pronto como se enteró de que yo era la enviada

de la agencia y me vio bien la cara... Bueno, sucede que mi padre y yo nos parecemos como dos gotas de agua.

—De todas maneras, debió asegurarse antes. No negarás que corrió un riesgo.

—Muy relativo, si piensas en los que corrió en España y en la resistencia.

—Bueno, si lo vemos así.

—Así hay que verlo. A esa generación la palabra *riesgo* no le dice lo mismo que a nosotros.

—Concedido, sí. Pero yo tampoco sabía que tu padre es comunista.

—No lo es. Lo fue.

—¿Ah?

—Hasta el treinta y nueve. Nunca pudo digerir el pacto germano-soviético. Ya desde los días de España se le habían atragantado los procesos de Moscú, pero el pacto se le estrelló en los dientes. No fue el único, créemelo.

—No, ya lo sé. Pero ¿qué camino siguió entonces? ¿Dónde está parado ahora?

—En un lugar muy respetable, me parece a mí, y no porque sea mi padre. Sigue siendo un buen militante sindical y siempre vota por el partido porque cree que en Inglaterra el socialismo será otra cosa. Y por eso no le parece mal que yo esté en el partido.

—Ya veo. Bueno, los ingleses siempre han sido muy originales.

—Pero él es irlandés, acuérdate.

—Como Mike.

—Exacto.

—Entonces, ¿por qué no le dijiste la verdad al irlandés que conociste en Moscú?

—Porque estábamos allí y no en Dublín.

—Sí, te entiendo. Bueno, eso me tranquiliza por lo que toca a nuestro amigo. No tendrá muchos problemas con su gente.

—Tal vez no, tal vez sí. Ya lo sabremos con el tiempo.

—Eso espero.

—¿Tanto te interesa el caso?

—Pues sí, francamente sí. Mike siempre me pareció un buen camarada.

—Y lo es. Para ser comunista en Irlanda hacen falta muchas agallas, porque entre la religión y el nacionalismo, el socialismo allí se las ve negras. Y aquí deberían saberlo.

—Pero no lo tomaron en cuenta, en el caso de Mike.

—Habrá que dejárselo al tiempo. Y, hablando de tiempo, ¿qué hora será?

Señalé su muñeca con la mirada:

—El reloj no lo olvidaste.

—No, pero se está atrasando desde que regresé. ¿Qué dice el tuyo?

—Casi la una.

—Bueno, ¿qué tal si le damos otra vuelta al teletipo? A lo mejor nos tiene una sorpresa.

—No se lo agradecería, pero vamos a ver.

Fuimos y tampoco esa vez había nada especial. Regresamos al escritorio y Cathy me expropió el penúltimo cigarrillo.

—¡Qué aburrimiento! —dijo en medio de un bostezo.

—¿Sabes que no acabaste de contarme la historia del francés? —le recordé, más por impedir que sucumbiera al cansancio que por verdadera curiosidad.

—Ah, es verdad. Bueno, la conversación terminó cuando íbamos llegando al hotel. En resumen, me dijo que él sencillamente no podía creer que London fuera un agente imperialista desde los días de España y Francia. Cuando le dije que aquí todos los brigadistas estaban en entredicho y más de uno en la cárcel, meneó la cabeza y no hizo ningún comentario. Después, mientras duró la reunión, no dejó de saludarme todos los días. Y al final, cuando nos despedimos, me pidió que le transmitiera sus saludos a mi padre cuando le escribiera..., y me regaló una de esas muñecas rusas de madera que tienen otras cinco muñecas en su interior, cada una dentro de otra más grande. Las conoces, ¿no?

—Las matrioshkas, sí. ¿No había un mensaje dentro de la última?

—No, la última no es hueca.

—Hm-m. Entonces, ¿eso fue lo único interesante que te ocurrió en Moscú?

—¿Y te parece poco? Pero, no, ahora que me preguntas..., ¿sabes una cosa? ¿Recuerdas esos despachos que nos llegan a cada rato de Moscú revelando la paternidad rusa de un invento que siempre se le había atribuido a un extranjero?

—Sí, claro. ¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, es que yo siempre había creído que era una manía privada de nuestro corresponsal. Y no: la manía es colectiva. Todo, prácticamente todo, fue inventado por un ruso que *después* fue despojado de su gloria por un plagiario occidental. Te lo dicen en la calle, en un restaurante, dondequiera que te ven la cara..., o más bien la ropa..., de extranjero.

—¿Y en qué idioma te lo dicen?

—En el que pueden. Te preguntan cuál es el tuyo o cuáles hablas además de ése, y se las arreglan para ilustrarte sobre el asunto. En un principio la cosa me hizo gracia, pero al final acabó por fastidiarme.

—Me imagino. ¿Y no lo comentaste con alguien? ¿No averiguaste cuál es el origen del asunto?

—No hacía falta. Sin duda se trata de una política oficial, la misma que llevó a Stalin a llamar a la guerra mundial la Gran Guerra Patria, a exaltar las glorias de

los generales zaristas en la lucha contra Napoleón, a abandonar *La Internacional* como himno de la Unión Soviética...

—...a rebautizar al Ejército Rojo como Ejército Soviético. ¿Nacionalismo, entonces?

—Nacionalismo proletario, dirían ellos.

—¿Y para un marxista puede existir tal cosa? ¿Dónde queda entonces lo de “Proletarios de todos los países...”?

—No faltará una explicación dialéctica, pero de todos modos la cantaleta es engorrosa. De tanto oírla llegó un momento en que..., ¿sabes lo que se me ocurrió? Un disparate, pero habría sido divertido.

—Cuéntame.

—Bueno, se me ocurrió redactar un reportaje apócrifo sobre algún descubrimiento sensacional de la ciencia soviética. Algo nuevo, ¿entiendes?, para variar.

—¿Cómo qué?

—Qué sé yo, cualquier cosa que ridiculiza esa manía, algo muy cómico pero escrito con mucha seriedad, con solemnidad incluso, para resaltar el efecto...

—Ya. Algo basado en un informe de la Academia de Ciencias de la URSS, por ejemplo.

—¡Oye, eso no se me ocurrió! Pero sería lo mejor, claro. ¡Qué buena idea!

—Bueno, ¿y por qué no lo hacemos?

—¿Qué?

—Tú y yo, ¿por qué no?

—No, hombre, ¿para qué perder el tiempo en eso?

—¿Qué tiempo? Tenemos tres horas por delante sin nada que hacer. Si se te ocurre algo mejor para matar esas horas, dímelo.

Por primera vez en toda la noche, Cathy sonrió.

—¿Ves? —le dije—. Ya te sientes mejor.

—Sería divertido, sí, pero... la verdad es que sigo sintiéndome como un perro apaleado.

—¡Un perro, eso es! ¡Ya lo tengo!

—¿Cómo? —Cathy alzó la cabeza para mirarme—.

¿Por qué un perro?

—Porque tú lo mencionaste. Escucha. ¿Qué tal si la Academia de Ciencias de la URSS anunciara haber descubierto un perro que habla?

—¡Ah! Gracias por lo que me toca.

—No, no, en serio.

—¿En serio?

—¡Claro que en serio! Si no, ¿cómo iba a ser cómico? Tú misma lo dijiste.

La sonrisa de Cathy se convirtió en risa franca. Por esa risa (y claro que no se lo dije) hubiera estado yo dispuesto a escribir *dos* reportajes, una novela, una enciclopedia. Sin darle tiempo a nacer más reparos, metí en la máquina de escribir una de las cuartillas presilladas

con cinco copias al carbón de las que usábamos para redactar nuestros despachos.

—Yo empiezo —decidí—, porque estoy menos cansado. Y tú me ayudas, ¿de acuerdo?

—Está bien. A ver, féchalo: Moscú, 25 de agosto... Ahora sigue tú.

Y seguí, ¡vaya que si seguí!, animado por las carcajadas cada vez más sonoras de Cathy, que a cada paso intercalaba sus propias frases, enmendaba una de mis palabras, celebraba nuestros hallazgos comunes y sacudía su negra cabellera en unos arranques de júbilo tan generoso que me hacían evocar con lástima a todas las musas de la literatura universal. Cuando oprimí la tecla del punto final con un ademán de pianista emocionado y exclamé: “¡Ya está!”, ella echó hacia atrás la cabeza, exhaló un suspiro de satisfacción y demandó: “¡Ahora léelo, Gógol del Caribe!”, “¡Ah, no, sin mofa —me defendí—, que la obra es de los dos! Pero ahí va”:

Moscú, 25 de agosto.

La Academia de Ciencias de la Unión Soviética anunció hoy, en un comunicado oficial transmitido previamente al Secretariado del CC del PC(b) de la URSS, un descubrimiento científico de extraordinaria importancia para las diversas ciencias relacionadas con la conducta animal y humana. Con apoyo en los datos que ofrece el comuni-

cado de la Academia y en los resultados de una investigación directa realizada recientemente en el propio lugar de los hechos por este corresponsal gracias a una primicia confidencial autorizada por el Ministerio del Interior de la URSS, podemos ofrecer ahora a nuestros lectores el relato puntual y completo de los sucesos que condujeron a lo que seguramente será recordado como una de las revelaciones más trascendentales de la ciencia de nuestro siglo.

A mediados del pasado mes de julio se encontraba en una población de la Siberia central, cuyo nombre no ha sido divulgado hasta ahora, un grupo de investigadores de la Academia de Ciencias de la URSS que disfrutaban allí de sus vacaciones de verano. Los tres miembros del grupo, el académico Vyacheslav Sergueievich Pedanteiev, el también académico Ivan Antonovich Ignorantov y el candidato a doctor en ciencias Vladimir Alexandrovich Stupidovski, después de realizar una excursión de pesca a las orillas de un lago en las cercanías de la susodicha población, en cuyas aguas abunda una especie de trucha que por razones hasta ahora desconocidas no se encuentra en ninguna otra parte del mundo, decidieron tomar un refrigerio en la fonda Aurora Roja, situada en la calle principal del multicitado núcleo urbano. A fin de mitigar los efectos del calor después de su larga caminata (cabe hacer notar que en la aludida región la temperatu-

ra ambiente suele ascender hasta los 48 grados centígrados a la sombra en los meses de julio y agosto), los tres connotados científicos pidieron a la ciudadana Anastasia Konstantinovna Tetudovskaia, encargada de atender las cuatro mesas del céntrico establecimiento, que les sirviera tres botellas de cerveza helada, insistiendo en que fueran de la nueva y ya acreditada marca local Superación Siberiana.

No bien empezaban los tres acalorados parroquianos a degustar el excelente producto de una industria creada por el plan quinquenal en curso, hizo su entrada por la única puerta de calle de la Aurora Roja un cuadrúpedo canino de linaje indefinido, pero, a juzgar por su aspecto, evidentemente bien cuidado por sus dueños. Al reparar en la presencia de los tres satisfechos consumidores de la deliciosa Superación Siberiana, el cuadrúpedo de marras se dirigió resueltamente a la mesa que éstos ocupaban y, después de observarlos atentamente uno por uno al tiempo que movía su larga y lanuda cola, pronunció con perfecta claridad las palabras:

—Dobri dieñ, tovarischi (Buenos días, camaradas).

No sería exagerado decir que en ese momento ninguno de los tres ciudadanos así saludados dio crédito a lo que acababan de registrar sus oídos. El académico Pedanteiev, que era el de mayor edad y rango científico en el grupo, sonrió con la proverbial bonhomía que le

reconocen todos sus discípulos y, dirigiéndose a sus colegas, preguntó:

—A ver, a ver, ¿cuál de ustedes ha venido dedicándose al aprendizaje de la ventriloquia sin hacerme el correspondiente informe?

Al oír esas palabras, el académico Ignorantov y el candidato a doctor Stupidovski se miraron con asombro entre sí y a continuación y al mismo tiempo preguntaron a su vez:

—¿Cómo ha dicho usted, camarada académico Pedanteiev?

—Creo haber hablado —respondió éste sin abandonar su benévola actitud— con tanta claridad como el estómago de uno de ustedes.

El académico Ignorantov y el candidato a doctor Stupidovski volvieron a mirarse el uno al otro, y otra vez al mismo tiempo, empezaron a explicar:

—Pero..., pero...

Sin que pudieran ir más allá de esas palabras porque en ese momento el ya bien citado canino, sin dejar de mover la cola, pero sentándose con aire displicente sobre sus cuartos traseros y abriendo el hocico al punto de dejar ver los dientes y la lengua que se movía perceptiblemente entre ellos, enunció con igual claridad que antes:

—Daitie mñe, poyalvista, niemnoschka piva (Denme, por favor, un poco de cerveza).

—¡Camaradas, camaradas! —exclamó entonces, ya visiblemente sorprendido, el académico Pedanteiev—, si se trata de una broma, considero que llego el momento de...

Pero tampoco él pudo concluir su frase porque en esos instantes la ciudadana Tetudovskaia, que hasta entonces había permanecido en la cocina de la Aurora Roja ayudando a preparar la sopa de coles y el pescado en vinagreta del día, regresaba al comedor en busca de un salero y advirtió la presencia del cuadrúpedo parlanchín y los descompuestos semblantes de los tres clientes.

—¡Ah, tú otra vez por aquí, condenado Liov Davidovich! —exclamó avanzando hacia el animal que inmediatamente volvió a incorporarse sobre sus cuatro extremidades, profiriendo una obscenidad que por razones obvias no transcribimos, pero que posee, a juicio de los expertos, un señalado valor semántico, sobre todo por provenir de un perro—. ¡Zape, traidor, zape! —insistió la Tetudovskaia sin dejarse arredrar por la impertinencia del cuzco, que por cierto tampoco daba muestras de ceder a la intimidación.

En ese momento, afortunadamente, el académico Pedanteiev, en un admirable arranque de sagacidad científica, comprendió la trascendencia de la escena que se desarrollaba ante sus ojos y, poniéndose de pie con toda la rapidez que su momentáneo cansancio le permitía,

contuvo con un enérgico ademán el avance de la airada servidora de la industria gastronómica:

—¡Alto, ciudadana, alto! ¡Deje en paz por ahora a ese animal y trate de explicarnos lo que está sucediendo aquí!

Y acto seguido, como la Tetudovskaia se mostrara más bien remisa a acatar su excitativa, el ilustre hombre de ciencia, recordando sin duda sus días de esforzado combatiente contra los diversionistas y saboteadores del periodo de consolidación del poder soviético, extrajo del bolsillo de su cazadora su carnet de miembro del Partido y lo blandió ante los ojos de su renuente interlocutora. A la vista del prestigioso documento, la interpe-lada abandonó de inmediato su actitud poco cooperativa y se dispuso a ofrecer la explicación que se le pedía:

—¡Ay, ay, ay, señor camarada, no piense usted por un momento que deseo ocultarle algo o hacerme la desaprensiva! Lo que sucede es que mi vergüenza puede más algunas veces que mi sentido del deber. No es la primera vez que este desdichado animal pone en entredicho el buen nombre de este pueblo a los ojos de los forasteros que nos hacen el honor de visitarnos. Hace apenas cuatro meses, por ejemplo, en ocasión de...

—¡Ya, ya, buena mujer! —la interrumpió el académico Pedanteiev, esforzándose por no dar a sus palabras un tono de reproche que, como había empezado a descubrir, no era el más adecuado a las circunstancias—. No

me interesa saber lo que ocurrió hace cuatro meses, sino lo que está sucediendo exactamente ahora.

La Tétudovskaia, en este punto, suspiró con toda la fuerza que consentía su nada despreciable capacidad torácica y, moviendo la cabeza en un gesto de melancólica resignación, se dirigió a su ilustre interlocutor con las siguientes palabras cargadas de sinceridad:

—¿Y qué podría decirle yo, señor camarada, que sus propios oídos no hayan escuchado ya para sorpresa suya, bien que lo comprendo, y para terrible bochorno mío, querrá comprenderlo usted también?

—¿Pretende decirme usted entonces, en verdad, que este animal...? —comenzó a preguntar sin vencer del todo su incredulidad el académico Pedanteiev, pero no llegó a redondear su frase porque en esos mismos momentos el cuadrúpedo, cuyo comportamiento había dado lugar a aquella extraordinaria situación, se volvió hacia la mesonera y enunció con absoluta claridad a través de sus colmillos puestos al descubierto por el ágil movimiento de sus belfos:

—¡Cállate ya, vieja bruja, y deja que estos caballeros y yo nos entendamos sin más interrupciones!

La Tétudovskaia, entonces, volvió a dar rienda suelta a su indignación:

—¡Vieja bruja será la desdichada de tu misma especie que te trajo al mundo, miserable! —gritó al tiempo

que echaba mano de una de las botellas de cerveza que sus clientes no acababan de consumir, con la evidente intención de arrojarla a la cabeza del lanudo impertinente. Pero el académico Pedanteiev, sujetándole fuertemente el fornido brazo, impidió lo que pudo haber frustrado uno de los descubrimientos científicos más importantes, como llevamos dicho, de nuestro tiempo. A continuación, empujando suavemente a la Tétudovskaia hacia la cocina de la fonda, le ordenó con persuasiva energía:

—Traiga inmediatamente una vasija, un plato hondo o cualquier recipiente en que se le pueda servir a este animal lo que está solicitando.

Y tan pronto como la esforzada ministrante de la Aurora Roja, asombrada pero consciente de su deber, se alejó para cumplir la orden recibida, el académico se dirigió al candidato a doctor Stupidovski y, haciéndolo caminar con él hasta la puerta de calle del establecimiento, le susurró al oído, cuidando de que sus palabras no llegaran hasta el del canino que en esos momentos parecía concentrado en la urgente tarea de rascarse una oreja con las uñas de una de sus patas traseras:

—Busque usted al comandante de la milicia local y hágalo venir sin pérdida de tiempo. Dígale que va de mi parte, pero no le adelante ninguna información. ¿Entendido?

Minutos después, mientras el canino, cuya conducta sin duda habrá despertado en los lectores de este reportaje la misma intensa curiosidad que a aquellas alturas había suscitado en los tres distinguidos personajes que ya conocemos, lamía las últimas gotas de la cerveza que se le había servido en una vieja cacerola aportada por la Tétudovskaia, entró en la Aurora Roja, acompañado por el candidato a doctor Stupidovski, el camarada Semión Mijailovich Trukulentov, segundo al mando del jefe de la milicia local (ausente de la población en aquellos momentos por hallarse investigando la sospechosa desaparición de un gallo y cinco gallinas que había denunciado la dirección de un koljós vecino).

—¡Buenas tardes, ciudadanos! —saludó en tono comprensiblemente molesto, motivado sin duda por la renuencia del candidato a doctor Stupidovski a revelarles las razones del llamado del académico Pedanteiev—. ¿Se puede saber qué sucede aquí?

Pero no bien acababa de hacer la pregunta cuando su perspicaz mirada de guardián del orden público reparó en la presencia del cuadrúpedo que en esos precisos instantes, satisfecha ya su sed, dejaba escapar un sonoro regüeldo para después echarse con perruna tranquilidad sobre un costado, como si toda la conmoción causada por su extraño comportamiento le hubiese pasado inadvertida.

—¡Ah, conque de esto se trata! —exclamó el oficial de milicias antes de que nadie intentara contestar a su pregunta—. ¿Qué ha hecho esta vez ese malandrín?

—Lo mismo que la vez pasada, camarada subcomandante Trukulentov —se apresuró a informar la Tétudovskaia—. Parece haberse aficionado a la cerveza durante este verano, que a decir verdad y no por justificar a este tunante, ha sido el más caluroso de los últimos veinte años, según leí el otro día en...

—Sí, sí, yo también lo leí, y no me hubiera hecho falta leerlo para darme cuenta —la interrumpió el oficial—. Pero, en fin, ciudadanos, ¿cuál es el motivo de que se haya requerido mi presencia en este lugar? ¿Alguno de ustedes ha sido lesionado en sus derechos consagrados por la legislación vigente, en su integridad física o en la de sus legítimos haberes personales?

—No, no, camarada subcomandante, no se trata de la comisión de ningún delito —respondió de inmediato el académico Pedanteiev—. Lo que motivó mi llamado... Pero permítame antes que nada presentarme. Soy el doctor Vyacheslav Sergueievich Pedanteiev, antropólogo físico y miembro de número de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.

—¡Ah, camarada doctor! —reaccionó de inmediato el oficial visiblemente impresionado—. ¡Haberlo sabido antes! Sepa usted que nunca antes de ahora había

sido honrada nuestra modesta población con una visita tan importante.

—Estoy seguro de que exagera usted, camarada subcomandante —respondió cortésmente el académico Pedanteiev—; pero de todos modos sus gentiles palabras constituyen razón de más para que yo me esfuerce por explicarle la enorme trascendencia de esta... digamos anomalía... que por lo visto para la ciudadana Tétudovskaia y para usted no resulta tan sorprendente como para nosotros.

—En efecto, en efecto, camarada doctor y académico de mi mayor consideración —interpuso Semión Mijailovich en un tono de impecable deferencia al rango intelectual de su interlocutor—. Sin que ignoremos la..., ¿cómo decirlo?... la peculiaridad de los hábitos del animalito en cuestión, que evidentemente se aparta de la normalidad comúnmente entendida, me parece necesario, con todo el debido respeto, ponerlo a usted en antecedentes respecto a la..., ¿qué palabra usar para no incurrir en un aparente exceso de orgullo local?... respecto a la singularidad, por no decir originalidad, que sería expresión más discutible, de ciertas características de nuestra realidad regional.

—¿A qué se refiere usted concretamente, camarada subcomandante? —lo apremió sin manifestar del todo su impaciencia el académico, amante, como buen hombre de ciencia, de la precisión por sobre todas las cosas.

—Me refiero, por ejemplo —contestó el oficial—, al hecho ya conocido seguramente por usted de que las truchas que habitan nuestro hermoso lago pertenecen a una especie única en el planeta, como lo ha confirmado la sección siberiana de la misma docta institución a la que usted...

—Sí, sí, de acuerdo —lo interrumpió Pedanteiev haciendo gala de la paciencia que constituye otro de los rasgos definitorios del carácter de un buen científico—, pero no irá usted a decirme que sus truchas, por excepcionales que sean, tienen el hábito de tocar la balalaica para amenizar sus periodos de apareamiento o de desove.

—¡Ah, no, camarada doctor, tanto como eso no, de ninguna manera! —contestó Trukulentov con una sonrisa comprensiva—. Pero mire usted, aquí han sucedido cosas que..., ¿cómo podré explicarle? Bueno, vaya un ejemplo entre muchos que podría mencionarle. A fines de la Gran Guerra Patria, nos tocó alojar en nuestras inmediaciones a un grupo de prisioneros alemanes capturados en el transcurso de una de nuestras victoriosas ofensivas. Había entre ellos un capitancito de aspecto más bien ridículo, un chisgarabís de hombre que no pesaba más de 50 kilos, calvo y tan miope que nunca pude explicarme cómo llegó a ser reclutado por el ejército alemán. Pues bien, y para no fatigarlo a usted con detalles innecesarios, el caso es que aquel mico incapaz de levantar

tar dos ladrillos juntos empezó a hablar perfectamente el ruso al cabo de dos semanas apenas de vivir entre nosotros. ¡Y hasta con acento siberiano! ¿Se imagina usted? Algo tiene que haber en nuestro ambiente, en nuestro aire o en nuestras aguas, vaya usted a saber, que hace posibles tales prodigios.

—Extraordinario, sin duda —concedió el académico, para añadir enseguida—: Salvo que se tratara de un lingüista, desde luego, porque en ese caso...

—¡Ah, camarada doctor, cómo se echa de ver que conoce usted bien la astucia de la degenerada mentalidad fascista! Porque, vea: ¡eso mismo trató de hacernos creer el teutoncito de marras! Y todo por no reconocer las excelencias de nuestro medio ambiente, es claro. Ese alemán, por cierto, fue el que le puso nombre a nuestro canino parlanchín cuando apenas era un cachorro que sólo sabía gruñir sus primeras palabras. Le puso nombre ruso..., bueno, más bien nombre de judío rusificado: Liov Davidovich. De dónde sacó ese apelativo es cosa que aquí nunca pudimos averiguar. Pero así se quedó, y ya vio usted cómo paró las orejas ese charlatán hace un momento, cuando pronuncié su nombre de pasada.

—Sí, me di cuenta —confirmó el académico Pedanteiev, para agregar a seguidas—: La información que acaba usted de darme es útil y provechosa sin duda alguna, pero de momento me interesa algo más inmediato.

Usted seguramente podrá proporcionarme el nombre del dueño de Liov Davi..., quiero decir, del animal en cuestión.

—Pues verá usted —contestó el subcomandante con la inflexión pausada de quien se dispone a dar una explicación que no por sencilla deja de tener su importancia—. Dueño en sentido estricto, quiero decir más bien en sentido individual, no tiene el animalito.

—Pero ¿cómo? —se sorprendió el académico Pedanteiev—. ¿Quiere usted decirme que en esta localidad existen animales realengos?

—No, no, de ninguna manera, camarada doctor —se apresuró a aclarar el subcomandante Trukulentov—. Eso constituiría una infracción punible de los reglamentos de salud pública, como indudablemente le consta a usted. No, no; se trata de otra cosa. Liov Davidovich nació en nuestro koljós en el periodo inmediatamente posterior a la guerra, hijo de una perra que sí era propiedad privada de uno de los koljosianos..., y de padre desconocido, como suele suceder con frecuencia en estos casos, o, mejor dicho, en esta especie. Pero sucede que poco después su dueño fue trasladado..., ahora no recuerdo si a otro koljós o a uno de los nuevos establecimientos industriales que entonces requerían con urgencia mano de obra, aunque no fuera precisamente especializada, para remplazar a los hombres que había-

mos perdido en el frente. De eso, desde luego, está usted seguramente más enterado que yo, pero..., en fin, el caso es que nuestro koljosiano, por razones obvias, no pudo llevarse sus animales consigo, y por consiguiente Liov Davidovich y su madre permanecieron en el koljós en calidad de... de propiedad colectiva, digamos. Es decir, que pertenecen a todos y a nadie en particular, usted me entiende.

—Perfectamente. Y eso, por fortuna, facilita las cosas —dijo entonces el académico Pedanteiev.

—Mis disculpas, camarada doctor —dijo a su vez el subcomandante—, pero ¿podría explicarme a qué cosas específicamente se refiere usted?

—A una sola, en realidad. Y esto, camarada Trukulentov, debo comunicárselo a usted con carácter oficial, sin constancia escrita dada la naturaleza apremiante de las circunstancias, pero bajo mi responsabilidad personal como representante de la institución estatal a la que pertenezco.

—Entendido, camarada doctor. Usted dirá de qué se trata —convino sin demora el oficial.

—Se trata, sencillamente —explicó el académico Pedanteiev—, de que a partir de este momento el espécimen canino que tenemos a la vista queda confiscado durante tiempo indefinido por razones de interés superior.

—¿Confiscado, dice usted? Bueno, yo... —pareció vacilar el subcomandante de milicias.

—En realidad, no sé si ése es el término jurídico más aplicable en este caso —reconoció el académico dando muestras de una incipiente y muy explicable impaciencia—. El derecho administrativo no está muy relacionado con mi especialidad; pero, de todos modos, usted, al entregarme el animal, obtendrá un recibo firmado por mí y mis dos colaboradores, y su propia responsabilidad quedará inobjetablemente a salvo.

—Siendo así, camarada doctor...

—No es todo —lo interrumpió el distinguido científico—. El transporte del espécimen deberá realizarse en condiciones de máxima seguridad y discreción. Usted sólo informará del asunto a su superior inmediato, y usted, ciudadana Tétudovskaia, guardará absoluta reserva sobre todo lo sucedido y expresado aquí. ¿Entendido?

—Entendidísimo, camarada doctor —convino de inmediato la fondera.

—De acuerdo. Entonces, camarada subcomandante, tendrá usted la bondad de poner a nuestra disposición un vehículo oficial para trasladarnos hasta la población más cercana que tenga comunicación aérea con Moscú. No es necesario que nos proporcione usted un chofer. Nosotros mismos conduciremos y nos encargaremos de que el vehículo le sea devuelto a la mayor brevedad posible.

—Así se hará, camarada doctor. Pero...

—¿Pero qué? Diga usted, que el tiempo apremia.

—Bueno, dada la... la singularidad del caso, usted me entiende, me pregunto si el... el interesado, vaya, no tendrá algo que decir sobre esta decisión que le afecta perso... digo, directamente —dijo Trukulentov echándole una mirada al cuadrúpedo que en esos momentos volvía a incorporarse sobre sus cuatro patas.

—En cuanto a eso, no creo que tenga la menor... —empezó a decir el académico, pero el mismo “interesado” lo interrumpió para declarar en tono manifestamente amistoso y con su mejor dicción:

—En cuanto a eso, camaradas, no existe el menor inconveniente. Hace mucho que ardo en deseos de conocer la Plaza Roja y la Avenida Gorki, que sólo he visto en postales y en una que otra función de cine a la que he logrado colarme, como se dice vulgarmente.

En ese momento, según informes fidedignos que este corresponsal ha logrado recoger en el mismo lugar de los hechos, la ciudadana Tétudovskaia sufrió un desmayo del cual fue atendida de inmediato y venturosamente por el académico Pedanteiev y sus dos colegas. Tan pronto como la mesonera recuperó sus sentidos y fue reanimada con un trago de la excelente Superación Siberiana, el académico se volvió hacia el subcomandante y le impartió su última instrucción:

—Además del vehículo, camarada, consíganos usted el mejor bozal que pueda obtener en el comercio de este pueblo.

La Academia de Ciencias de la urss, en su comunicado oficial emitido el día de hoy, informa que Prodigio Siberiano, como ha sido llamado el protagonista de esta verídica historia desde el momento en que aprendió a recitar de corrido el primer párrafo del *Manifiesto comunista*, goza de perfecta salud y enriquece día con día su vocabulario en la lengua inmortal de Pushkin. Prometemos a nuestros lectores mayor información sobre este extraordinario descubrimiento científico tan pronto como las autoridades competentes proporcionen nuevos datos al respecto.

—Salió bien —dijo Cathy cuando releyó el texto completo—. Demasiado bien, en realidad.

—¿Demasiado? ¿Por qué?

Movió la cabeza y se encogió de hombros:

—Qué sé yo. Estoy tan cansada que ni sé por qué dije eso.

—Está bien. Pero me lo explicarás después, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Qué hora es?

—La de irnos. Pero antes quisiera decirte algo que estuve pensando mientras estuviste fuera.

Me miró como pidiendo auxilio:

—No voy a poder entender lo que me digas. Palabra.

—¿Tanto así?

—Tanto así. Me voy a echar agua fría en la cara a ver si no me duermo antes de llegar al kolej.

—Bueno —me resigné—. Mientras tanto yo recogeré las tazas y limpiaré el escritorio.

—Buena idea. Y no dejes de romper la historia de..., ¿cómo se llama? Ah, sí, Prodigio Siberiano. Última, me gustaría conservarla porque merece una segunda lectura; pero no sabría dónde esconderla.

—¿Esconderla?

Volvió a mirarme, esta vez con expresión incrédula:

—No pensarás que dejaría una cosa como ésa en cualquier parte, ¿o sí?

—¿Una cosa como...? ¿Eso fue lo que insinuaste cuando dijiste que te parecía demasiado bien?

—Adivina, muchacho listo. Y, por cierto, ¿nunca te ha tentado la literatura? Escribir novelas o cuentos, quiero decir.

—Bueno, yo...

—No, no me contestes ahora; pero piénsalo, vale la pena. Ahora recoge las cosas, que no tardo.

Mi casera, que según su propia confesión había perdido la afición al lujo desde que la Primera República feneció

en Múnich, no tenía teléfono en su apartamento. “Ahora ni soñar con eso”, acabó de explicarme cuando le pregunté por qué no había gestionado que le instalaran uno después de la guerra. “Los alemanes me lo quitaron en 1942, y en 1948 dejé pasar la oportunidad de hacerme comunista”. No era muy afecta al poder popular, como se ve, mi casera. Sabía que yo lo era, desde luego, y tenía sus sutiles maneras de hacerme saber cuál era su trinchera (su zorrera, más bien) en la lucha de clases.

A eso atribuí el exagerado vigor con que golpeó la puerta de mi habitación aquella mañana, mientras yo todavía dormía para compensar la desvelada del servicio nocturno. Cuando alcancé a preguntarle, desde la cama, qué se le ofrecía, me contestó en el avinagrado tono de costumbre que “un señor” aguardaba en el recibidor para hablar conmigo. Su respuesta implicaba, obviamente, que el “señor” no lo era tanto como para hacerlo pasar a la sala y ofrecerle asiento. Pensé en algunos de mis jóvenes amigos latinoamericanos becados en Praga, pero, como no tenía cita con ninguno de ellos para ese día, descarté la posibilidad. Volví a asumirla enseguida, sin embargo, al concebir la eventualidad de una consulta sobre algo importante que acabara de ocurrir al otro lado del Atlántico: los muchachos, sabiendo cuál era mi ocupación, solían recurrir a mí cuando deseaban una información más detallada que la que ofre-

cían los periódicos praguenses. Pero volví a descartar la posibilidad cuando recordé que el teletipo no había revelado nada de interés la noche anterior. Miré el reloj pulsera que dejaba en la mesita de noche al acostarme y vi que eran las once de la mañana, hora de ponerme en pie de todos modos si quería aprovechar la mejor parte del día para remar un rato en el Moldava. “Ya salgo”, le contesté a mi casera y escuché el apagado rumor de sus pantuflas que se alejaban de la puerta. Me levanté, me vestí y, todavía sin pasar al cuarto de baño para lavarme la cara, salí al recibidor.

El “señor” que me buscaba era el viejo Procházka, cuyas funciones en la agencia siempre me habían parecido más simbólicas (en el mejor sentido de la palabra) que reales. Sus 70 años y su auténtica y evidente condición proletaria me hacían verlo —y en eso creo que coincidían, aunque no lo dijeran, todos mis colegas— como una representación viviente de la clase social que cuatro años antes había empuñado las riendas del poder en el país. Del viejo Procházka sabíamos todos, en efecto, que había ingresado en el partido en la década de los treinta y que había sobrevivido a la ocupación alemana como militante clandestino con varias temporadas en las cárceles de la Gestapo. En la agencia estaba oficialmente a cargo del recibo y el despacho del correo, pero su joven ayudante Honza Kohout (que convalidaba su

apellido con cierta fama de tenorio más bien cómico)¹ era el que desempeñaba realmente esa tarea. El viejo, en cambio, ejercía una especie de monopolio tácito en lo tocante a la preparación del café para los empleados de la agencia durante la jornada diurna. En una ocasión se me ocurrió preguntarle a Rubík cómo era que Procházka no estaba pensionado a su avanzada edad, y me informó que se le había eximido del retiro a su propia petición: “Es viudo y no tiene hijos, y alegó que no podría vivir sin trabajar. Es comprensible, ¿no?”. Lo era, sí, pero también penoso; y desde ese día empecé a sentir por el viejo una especie de filial estimación.

Ahora lo tenía frente a mí en el pequeño recibidor de la antipática señora Veselá, de pie y con su gorra de obrero entre las manos a la altura de la pretina de sus gruesos pantalones sin planchar. Como salido de un cuento de Jaroslav Hašek, me dije mientras le tendía una mano en un saludo que él obviamente no esperaba, a juzgar por la torpeza con que se apresuró a estrechármela. A mí también me había sorprendido su presencia, pero preferí esperar a que él mismo la explicara. No tardó en hacerlo: la camarada Havlíčková me requería en su oficina y, como yo no tengo teléfono y la convocatoria era urgente, había enviado el automóvil de la

¹ Kohout significa “gallo” en checo. [Nota del autor].

agencia para que me llevara. Eso, cuando menos, me permitió entender mi limitado conocimiento del checo (los cuentos de Hašek, que acabo de mencionar, los había leído en traducción).

Cinco minutos más tarde, lavado pero sin afeitarse, estaba en la calle con Procházka. Sólo entonces me pregunté por qué habían enviado al viejo junto con el chofer de la agencia, que esperaba sentado frente al volante del vehículo. También me pregunté, por supuesto, para qué demonios me querría Havlícková con tanta prisa; pero comprendí que si Procházka no me lo había dicho, yo no tenía por qué preguntárselo. Por el camino se me ocurrió lo más probable: algún nuevo golpe de Estado en cualquier país de América Latina. Eran las once pasadas, y desde la noche anterior había transcurrido el tiempo suficiente para que el Viejo Pirata hubiera transmitido la noticia. En ese caso, claro, me tocaba a mí redactar el comentario especial de nuestra agencia. Hasta el corazón de Europa, me dije entonces, convencido ya de la validez de mi hipótesis, alcanzaban a joderme los espadones latinoamericanos, arruinándome un día de descanso. Y en lo mejor del verano, además, los desalmados.

Demasiadas caras largas para un remoto y nada insólito cuartelazo en tierras bárbaras, me vi obligado a reconocer tan pronto como llegué a la agencia e hice un breve

recorrido exploratorio por las oficinas de los redactores antes de dirigirme a la de Havlícková. Tan largas que alguna de ellas —la del *chutzpah* neoyorquino, para ser preciso— parecía a punto de desplomarse sobre la correspondiente máquina de escribir. Sólo Lucille, con un exceso de discreción que acabó de escamarme, volvió hacia mí la cabeza y me saludó alzando las cejas, moviendo a continuación los ojos hacia la oficina de la directora. Así que está enterada, me dije; pero, como enseguida volvió a teclear con expresión de ya te vi pero no me acuerdo, comprendí que no tenía más que decirme.

Toqué tres veces en la puerta de la dirección y la abrí yo mismo cuando escuché la invitación a pasar en la voz de Havlícková. Con sólo adelantar la cabeza descubrí que no estaba sola. Sentados frente a su escritorio, de espaldas a la puerta, se hallaban Rubík y Cathy. Otra silla desocupada, a la derecha de Cathy, evidentemente aguardaba por mí. Di los buenos días y sólo Havlícková me contestó, indicándome enseguida, con un doble movimiento de la mano, que cerrara la puerta y tomara asiento. Obedecí (ningún otro verbo sería tan exacto) y, al acercarme a la silla, fijé mi mirada en el rostro de Cathy. Ella me la devolvió con otra en la que sólo pude leer una especie de advertencia teñida de resignación. También advertí que el azul de sus ojos no era el más límpido que convenía a mi esperanza. Esperanza de qué

no podía saberlo yo, y menos inclinado me sentí a preguntármelo cuando la directora, dirigiéndose inequívocamente a mí, empezó a hablar en su propio idioma y no en el inglés que solía emplear con los extranjeros de la agencia. Su primera frase fue muy breve, y Rubík la tradujo sin pérdida de tiempo.

—Dice la camarada Havlícková que prefiere expresarse en checo para que sus palabras no den lugar a la menor confusión.

Asentí con la cabeza, para darme por enterado sin que hiciera falta, y la directora reprodujo el gesto en señal (así lo entendí yo al menos) de aprobación a mi propio acatamiento de su decisión. La siguiente frase fue casi tan breve como la primera, pero si el lector de esta historia sabe lo que es en el boxeo un golpe de efecto retardado, podrá empezar a comprender cómo entraron por mis oídos las palabras que Rubík tradujo con la mirada puesta en las puntas de sus zapatos:

—La camarada Havlícková desea saber cuál es tu opinión sincera sobre la seriedad del trabajo que realizan las instituciones científicas de la Unión Soviética.

El suspiro que vació los pulmones de Cathy fue perfectamente audible.

—¿Mi opinión sobre...? —empecé a decir mirando a Rubík—. No..., me temo que no entiendo bien la pregunta. No sé a qué se refie...

—No tiene caso —me interrumpió Cathy—. La camarada Havlícková se refiere a lo que nosotros escribimos anoche sobre el supuesto descubrimiento en Siberia de un perro que...

—¿Nosotros? —la interrumpí yo a mi vez—. ¿Cómo que *nosotros*? Eso..., esa broma estúpida la escribí *yo*. ¡Yo *solo*! Y nunca pensé que alguien fuera a leerla. Por eso la rompí.

Un nuevo suspiro de Cathy me obligó a volverme hacia ella con casi todo el cuerpo.

—La rompí, ¿no? Tú me viste, ¿no?

Ella movió la cabeza en una denegación melancólica.

—¡Pero no puede ser! Estoy seguro de... Bueno, me atrevería a jurar que...

—Los comunistas no juramos, camarada —interpuso Havlícková en inglés—. No en ese sentido, cuando menos. Y en todo caso, jurarías en vano. No la rompiste, y por eso el camarada Rubík la encontró sobre su escritorio esta mañana.

—¿Rubík? ¿Sobre su escritorio? ¿Y quién la puso allí?

—Es lo de menos, pero has hecho varias preguntas y todavía no contestas la que te hice yo. ¿La recuerdas?

Claro que la recordaba, pero traté de ganar tiempo:

—Sí. Bueno, es decir... Si el camarada Rubík me hiciera favor de...

Fue Cathy, sin embargo, la que intentó ayudar:

—Te pidieron tu opinión sobre el trabajo que realizan los científicos soviéticos.

—Tu opinión *sincera* sobre la *seriedad* de ese trabajo —puntualizó la directora.

—Sí, por supuesto, lo recuerdo —respondí con súbita pero plena conciencia de que mentía, no porque hubiera olvidado la pregunta, sino porque lo que recordé en ese momento fue algo muy distinto. Recuérdeme, sin proponérmelo y sin sospechar por qué, a Kid Charolito (Hermenegildo Verdejo era su verdadero nombre), el negro que me enseñó a boxear a los quince años, y lo recordé con tanta intensidad que lo *sentí* a mi lado, como si de repente Cathy se hubiese esfumado y el veterano gladiador de nariz desparramada hubiese ocupado su lugar.

—Claro que lo recuerdo —repetí enseguida, seguro ahora de que no mentía, seguro sin ninguna duda de que nunca, en el resto de mis días, aceptaría arrepentirme de lo que iba a decir a continuación—. Con toda la sinceridad que se me pide, camarada directora, afirmo que el trabajo de los científicos soviéticos me merece el más profundo respeto. (*Así, muchachito*, aprobó junto a mi oído la gangosa voz del Kid, *así, poniéndola a distancia con el jab*). Lo digo aquí y estoy dispuesto a repetirlo, verbalmente o por escrito, en cualquier otro lugar. Lo

que no me merece ningún respeto, lo que por el contrario me molesta, me irrita y me repugna, es otra cosa (*Muy bien: ahora suéltale la derecha, pero sin toda la fuerza, sólo para que vaya descubriendo lo que traes en ella*). Es la ridícula manía de atribuir todos los descubrimientos y todos los inventos de la ciencia universal a algún ciudadano ruso. Ruso y no precisamente soviético, camarada directora: ruso, aunque haya sido un lacayo del zarismo, y lacayos del zarismo tuvo que haber entre los científicos rusos del pasado porque no fue contra los mujik analfabetos que polemizaron Herzen y Bielinski. (*Buen gancho, muchachito, buen gancho, sigue tirándolo así*). Esa manía de la que estoy hablando me huele, y no me disculpo por la sinceridad porque fue lo que se me pidió, a chauvinismo barato y reaccionario, sobre todo reaccionario porque ni Marx ni Engels fueron rusos y si *El capital* y el *Anti-Dübring* no son grandes obras científicas entonces yo no sé lo que quiere decir la palabra ciencia. (*¡Así se manda el uno-dos, carijo! ¡Vas bien!*). Por eso escribí lo que escribí, para burlarme de esa idiotez. Antes dije que era una broma estúpida; ahora retiro el adjetivo. Estúpido hubiera sido publicarlo, pero por otras razones que no hace falta explicar. En resumen: no me siento culpable de nada. Y ya acabé. Ahora soy todo oídos.

Todo ojos hubiera sido más exacto, porque después de mi última frase los dejé clavados en los de Havlíček.

ková, que trató de sostenerme la mirada, pero al cabo de unos segundos tuvo que pestañear primero. La voz de Cathy le dio la oportunidad de desviar la mirada sin tener que reconocer su derrota en el duelo visual:

—Camarada directora, yo también quisiera decir algo.

—¿Sí?

—Dos cosas solamente. La primera: suscribo cada una de las palabras que el camarada acaba de pronunciar. Y la segunda —y se volvió para astartarme una mirada inapelable—: reitero que el... el reportaje apócrifo, llamémoslo así, lo redactamos *los dos*, como dije antes de que él llegara.

—No hace falta la reiteración —dijo Havlícková—. Desde un principio te creí.

—Agradezco la confianza.

—Confianza —repitió la directora sin abandonar el inglés y moviendo pesarosamente la cabeza—. Me gusta esa palabra. Pero me pregunto si tú misma te das cuenta de que eso precisamente, la confianza, la confianza que yo siempre había tenido en ustedes como camaradas responsables y conscientes, es lo que ustedes han destruido con ese... con ese estúpido —y volvió a mirarme con recuperada autoridad— reportaje apócrifo, como tú lo llamas con ligereza que yo no puedo aceptar.

—Camarada directora... —empecé a decir.

—¡No, no, no! —me interrumpió Havlícková levantando una mano enérgica—. Todo oídos, y la frase es tuya, quiere decir boca cerrada, así que ahora te toca escuchar, ¿de acuerdo?

Asentí, desarmado, y la directora, volviéndose hacia Rubík, le indicó con un movimiento de la cabeza que se dispusiera a reasumir su función de traductor. A continuación, sin embargo, guardó silencio durante unos segundos, como si estuviera meditando lo que me tocaba escuchar. Alcancé a preguntarme, en ese breve lapso, si su pausa obedecía al propósito de crear un efecto o si lo que yo acababa de decir la había obligado a reconsiderar su actitud. Seguía pensando en eso cuando ella empezó a hablar, así que decidí esperar la traducción de Rubík sin adelantarme a captar el sentido de las palabras de la directora en su propio idioma.

—Dice la camarada Havlícková que ella no había comprendido hasta ahora la importancia de lo que está ocurriendo con algunos camaradas extranjeros.

El plural tan indeterminado —“algunos camaradas extranjeros” en lugar de “ustedes dos”— me pareció revelador. Me hizo pensar de inmediato en Michael O'Malley, y la siguiente frase de Havlícková, en el inglés de Rubík, confirmó mi suposición:

—Cuando el camarada O'Malley cometió su inexcusable imprudencia hace unas semanas, pensé que se trataba de un caso aislado.

Dominé el impulso de volverme hacia Cathy, pero con el rabo del ojo advertí que ella sí me había dirigido una mirada furtiva.

—Lo que ustedes acaban de hacer me obliga ahora a rectificar esa opinión. De lo que se trata, evidentemente, es de un problema político que sería totalmente erróneo soslayar.

De acuerdo, me dije, pero habrá que ver en qué tipo de problema está pensando ella.

—Estoy por creer que yo, como directora de esta empresa, no he prestado la suficiente atención al hecho de que ustedes, los camaradas extranjeros, no siempre son capaces de entender la gravedad de lo que está sucediendo en este país y, como seguramente lo saben, aunque no acaben de entenderlo bien, en otras democracias populares.

Crítica y autocrítica, pues. ¿Mejor o peor de lo que yo esperaba? El impulso de mirar a Cathy fue todavía más poderoso, pero aún tuve fuerzas para dominarlo.

—Ése, sin duda, fue el caso de Michael O'Malley... y seguramente también el de ustedes dos. Antes de hacerlos venir esta mañana, después de leer dos veces el... reportaje apócrifo que me entregó el camarada Rubík...

¡Ah, Rubík! Bueno, ¿Y quién, si no, si lo encontró sobre su escritorio? Pero... ¿quién lo puso sobre su escritorio? Primero tenía que pasar, como cualquier otro texto, por el corrector de estilo. ¿Lucille, entonces? Y en ese caso, ¿quién se lo entregó a Lucille, si yo lo dejé sobre el escritorio en el que estuve trabajando con Cathy? A Havlícková, desde luego, no iba a volver a preguntárselo.

—...me pregunté cuál caso era más grave, si el de Michael o el de ustedes.

Buena pregunta, en efecto. ¡Como no se le ocurriría esperar que yo se la contestase!

—Y he llegado a la conclusión de que el de ustedes tiene implicaciones mucho más serias que el de Michael. Ciertamente es que él dijo cosas verdaderamente inaceptables, como su despreciativa alusión a la marcha de solidaridad con el pueblo coreano, pero fundamentalmente en lo que incurrió fue en una falta de discreción y de sentido de las proporciones.

Tan pronto como Rubík concluyó su traducción, Cathy levantó una mano:

—Camarada Havlícková, si se me permite...

—Habíamos convenido en que no habría interrupciones.

—Yo no me comprometí a ser toda oídos, camarada. Y no se trata de una interrupción sino de una pregunta.

—Está bien, con tal de que sea pertinente.

—Creo que lo es. Ya que se ha mencionado el caso del camarada O'Malley, y ya que se ha dicho que su falta fue menos grave que la nuestra, me pregunto por qué se procedió tan drásticamente con él.

—En primer lugar —replicó Havlícková sin recurrir a la traducción de Rubík—, la medida que se tomó en el caso de Michael O'Malley era la única aconsejable en vista de las circunstancias. Si la memoria no te traiciona, camarada Catherine, recordarás que su imprudente comportamiento tuvo lugar en una reunión oficial del colectivo de la empresa y en presencia de un representante de un organismo del partido. Eso debería hacerte comprender en qué nivel se tomó la decisión que determinó su salida del país. Sobre eso específicamente no quiero ni tengo por qué informarte más. Pero, en segundo lugar, yo no los he llamado a ustedes el día de hoy para discutir el caso de Michael O'Malley, juzgado y resuelto ya definitivamente. Si lo mencioné fue sólo para hacerles ver a ustedes dos, por medio de la comparación, la gravedad de lo que ahora estamos discutiendo aquí. ¿Entendido?

—Entendido. Y gracias por la explicación del caso de Michael.

—¡Yo no he *explicado* nada! —Se apresuró a aclarar la directora—. Todo lo que hice fue contestar cortésmente a tu pregunta.

—A eso me refería. Y por eso di las gracias.

—Me complace que lo entiendas —y Havlícková se volvió una vez más hacia Rubík.

—Dice la camarada directora —tradujo éste a su debido tiempo— que el texto redactado por ustedes en horas de trabajo remunerado, en el local de la empresa y con recursos materiales de la propiedad de ésta, revela una actitud agresivamente negativa hacia la sociedad soviética y sus instituciones más respetables, como son entre otras la Academia de Ciencias de la URSS y los órganos de la seguridad del Estado.

El contundente rechazo a la mandíbula debió haberle arrancado cuando menos un pujido a Kid Charolito, pero me quedé esperando su reacción.

—Además, dice la camarada Havlícková —siguió traduciendo Rubík—, el supuesto nombre del perro inventado por ustedes constituye una clara alusión a una de las más nefastas desviaciones del marxismo, que tantos perjuicios causó a la construcción del socialismo en la Unión Soviética y al movimiento revolucionario mundial.

—¿Prodigio Siberiano? —preguntó Cathy con el mismo candor de un asaltante que le preguntara a su víctima cuánto dinero lleva encima.

—Dice la camarada Havlícková que no te sienta hacerte la tonta, camarada Catherine.

—Bueno —me decidí, por una vez, a dejar de ser todo oídos—. Si la camarada directora se refiere a lo de Liov Davidovich, quisiera recordar que ese nombre se lo puso al perro un prisionero de guerra nazi.

—¡Pero el... el reportaje apócrifo no lo escribió ese nazi ficticio! —exclamó Havlícková en inglés—. ¡Lo escribieron ustedes!

—Sí, de acuerdo —insistí todavía—, pero al autor de una obra de imaginación no se le pueden atribuir todas las ideas de sus personajes.

—¡Pamplinas! Obras de imaginación son las que producen los grandes escritores: Tolstoi, Fadeiev, Shakespeare... Pero ¿desde cuándo se sienten ustedes dos grandes escritores, si apenas están aprendiendo a ser buenos periodistas? Esa alusión al trotskismo, véase como se vea, implica, y no me lo vayan a negar, una familiaridad con las seudoteorías de ese traidor y contrarrevolucionario que...

—Los textos del camarada Stalin sobre el trotskismo son bien conocidos, camarada Havlícková —interpuso Cathy con toda la dulzura de que era capaz cuando le parecía necesario ese recurso.

—Yo en tu lugar no me atrevería a pronunciar el nombre del camarada Stalin en estas circunstancias —la cortó Havlícková con definitiva sequedad, volviéndose de nueva cuenta hacia Rubík con la intención, supu-

se, de dejar en claro que la interrupción de Cathy no merecía más respuesta. Volvió a hablar, pues, y Rubík a traducir:

—Dice la camarada Havlícková que eso sólo justificaría una investigación a fondo de este asunto. Una revisión, entre otras cosas, de los antecedentes políticos de ustedes dos. Y de eso, claro, no podría responsabilizarse ella sola, ni siquiera el comité partidario de la empresa.

No, claro, me dije, sino la comisión de control del partido. La comisión central, probablemente, porque tratándose de dos extranjeros... Después de la traducción de Rubík, la directora guardó silencio durante unos diez segundos, como para darnos tiempo, pensé, de asimilar los efectos del golpe. ¿Asimilar? Diez segundos era la cuenta reglamentaria del nocaut, y el Kid ni siquiera había chistado. ¿Eso sería todo? ¿Habrían sido ésas las mismas palabras que escuchó Mike O'Malley antes de que le ordenaran hacer sus maletas? Sólo entonces reparé conscientemente en el retrato de Stalin que ocupaba el centro de la pared detrás del escritorio de Havlícková. Lo había visto muchas veces, en aquella oficina, en otras de la misma agencia, en todas las dependencias públicas y en no pocas salas de apartamentos privados; pero nunca como ahora había atraído mi atención de manera tan... tan qué, me pregunté

buscando el adjetivo más adecuado. *Perentoria* no estaría mal. ¿Cuántas veces había aplaudido aquella efigie al aparecer en la pantalla de un cinematógrafo, la sola mención de aquel nombre en un congreso? El hombre de acero, el hombre del timón que había dicho Barbusse, el capitán para el que mi amigo Nicolás Guillen había pedido la bendición de Ogún, el mejor discípulo y el gran sucesor de Lenin, maestro y jefe infalible de los trabajadores del mundo entero, mariscal y generalísimo invicto que había salvado a la humanidad del azote del fascismo, ejemplo epónimo de que los comunistas, como él mismo había dicho, éramos hombres de un temple especial. Pero ¿qué se había hecho de ese temple, dónde se me había extraviado cuando se me ocurrió escribir aquel... reportaje apócrifo lo había llamado Cathy (y el significado de esa palabra griega no tendría que explicármelo Dinos)? Pero la voz de Havlíčková, hablando ahora otra vez en inglés, interrumpió el desordenado flujo de mis pensamientos:

—Sin embargo, camaradas, antes de llamarlos a ustedes esta mañana tuve el cuidado de reflexionar sobre este lamentable asunto. Venciendo el natural disgusto, la muy justificada indignación que sentí al leer el repugnante libelo que a ustedes se les ocurrió escribir..., venciendo todo eso, y, créanme, camaradas, que me costó un considerable esfuerzo..., pensé varias co-

sas. Pensé en la juventud de ustedes, en el buen trabajo que hasta ahora han realizado en la agencia...

Curioso, me dije, cómo había mejorado el inglés de la camarada directora. ¿Al influjo del disgusto y la indignación, tal vez? ¿O habría tenido tiempo de preparar su requisitoria y después, con la ayuda de Rubík...? Pero no, no le habría alcanzado el tiempo. Había que reconocer que se estaba superando.

—...y sobre todo..., y esto es lo más importante, lo que ustedes harían bien en entender con perfecta claridad..., he pensado que una simple medida administrativa, por justificada que estuviera, como la que se tomó en el caso de Michael O'Malley, dejaría intocado el fondo político del problema. Lo que eso quiere decir, camaradas, no es que la falta de ustedes haya sido menos grave que la de Michael, sino, como ya he dicho, todo lo contrario.

Y en ese punto la camarada directora dejó de superarse para volver al checo, que Rubík tradujo con su habitual diligencia:

—Dice la camarada Havlíčková que la decisión que ha tomado en el caso de ustedes, bajo su estricta y exclusiva responsabilidad, no debe de ninguna manera interpretarse como benevolencia personal ni como liberalismo ideológico. Cualquiera de esas dos actitudes es de todo punto inadmisibles desde el más elemental

punto de vista partidario. La camarada Havlícková confía en que ustedes *todavía* puedan entender eso.

Lo entendíamos, sin duda, tan bien como entendíamos la intención punitiva del *todavía*; pero la pausa que siguió a esas últimas palabras me obligó a preguntarme si la directora esperaba nuestro asentimiento explícito. Preferí aguardar a que Cathy se pronunciara primero, pensando que ella, al fin y al cabo, llevaba más tiempo que yo en la agencia y eso la hacía acreedora a cierta prioridad. El silencio de mi colega, en consecuencia, me indujo a dar la callada por respuesta. La siguiente frase de la directora pareció demostrar que ésa había sido la actitud correcta:

—Dice la camarada Havlícková que le complace la comprensión de ustedes. Y ahora quiere informarles cuál ha sido la decisión tomada por ella en este caso. Como es evidente que en el texto redactado por ustedes lo que resalta es una flagrante tergiversación del carácter históricamente reivindicativo de la investigación científica en la Unión Soviética, tergiversación que ha dado lugar a la infundada y ofensiva sospecha de que se trata de una concepción chauvinista y reaccionaria, como desaprensivamente se ha afirmado aquí, lo que procede, a juicio de la camarada Havlícková, es una aclaración a fondo de esos conceptos. Si después de esa aclaración, que seguramente llevará algún tiempo, ustedes insistieren en

su equivocada apreciación, es claro que sólo procedería una medida administrativa como la que fue necesario aplicar en el caso de Michael O'Malley. La camarada Havlícková desea saber si eso resulta claro para ustedes.

—Perfectamente claro —respondimos al mismo tiempo Cathy y yo, y la exacta coincidencia de la frase nos movió a mirarnos el uno a la otra con tanta rapidez que en otras circunstancias habría sido cómica, pero que ahora, para inexpresado disgusto de los dos, tuvimos que reconocer como ridícula.

Estimulada tal vez por su pequeño triunfo, Havlícková se desplazó una vez más al inglés:

—Entonces, camaradas, tomen nota de la siguiente instrucción. Van ustedes a releer, porque es de suponer que ya lo hayan leído, el trabajo del camarada Stalin *Sobre la cuestión nacional*; van a preparar un resumen del mismo que me presentarán dentro de quince días; y a continuación, si es necesario, lo discutiremos en una reunión especial del comité partidario de la empresa. Si no hay ninguna pregunta, eso es todo, camaradas.

Sin aguardar ahora a que Cathy hablara primero, levanté una mano:

—Yo tengo una pregunta, camarada.

—Tè escucho.

—Se trata de... Bueno, hace un rato, cuando llegué a la agencia, antes de entrar aquí creí advertir..., bueno,

la actitud de los colegas allá afuera me hizo pensar que ellos ya sabían lo que... lo que había motivado esta reunión. Quisiera saber si fue una falsa impresión o si ése es efectivamente el caso.

Havlícková le dirigió una rápida mirada a Rubík antes de contestarme:

—A nadie, que yo sepa, se le ha dado ninguna información al respecto. Pero no hay que olvidar, camarada, que ésta es, después de todo, una agencia de *noticias*. ¿Nada más?

—No, nada más.

—¿Camarada Catherine?

—No, no por ahora.

—Muy bien. Entonces pueden ustedes retirarse.

Mientras mantenía abierta la puerta para que Cathy saliera primero, reparé en que Rubík permanecía sentado frente al escritorio de la directora.

Al salir de la oficina, Dinos Cacoyannis, a quien antes no había visto, pasó junto a nosotros con unos papeles en la mano. Saludó a Cathy con una sonrisa e, inclinándose ligeramente hacia mí, me susurró al oído:

—Pathos, ¿eh?

Fue como si me hubiese asestado una bofetada a traición.

—¿Qué dijiste? —casi grité, alargando un brazo para agarrarlo por un hombro.

Él se volvió, todavía con la sonrisa en los labios. Cathy percibió la violencia de mi ademán e instintivamente me sujetó el otro brazo.

—Dije pathos —respondió Dinos, sin alterarse— ¿No te interesaba el significado de esa palabra?

Cathy me tiró del brazo:

—¿De qué diablos están hablando ustedes?

Su voz atenuó mi furia repentina.

—Nunca me habías dicho —dije soltando el hombro del griego— que pathos también significa mierda.

Dinos amplió su sonrisa:

—No; eso se dice kópros. De todos modos, yo no tuve nada que ver con ese asunto.

—¿Y cómo estás enterado?

Me contestó encogiéndose de hombros. Cathy me tiró con más fuerza de la que yo le suponía:

—¡Vamos! Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Lo pensé durante dos o tres segundos, pero acabé por hacerle caso.

—En comparación con lo que yo vi venir, no pasó nada. The luck of the Irish, cariño: a Mike no le funcionó, pero a ti sí.

—The luck of the Irish my arse! —respingó Cathy—. Mierda y nada más que mierda. Hiciste bien en decírselo a Dinos.

—¿Entonces por qué casi me arrancaste el brazo para alejarme de él?

—Porque le creí cuando dijo que él no tenía nada que ver con el asunto. Lo que no acabo de entender es por qué te enojaste tanto cuando Dinos te dijo esa palabra griega. ¿Era una broma privada o qué?

—Más o menos. Una vez le pregunté qué quiere decir pathos, y cuando me recordó la palabra al salir de la oficina de Havlícková pensé que estaba burlándose de mí. Pero parece que no se trataba de eso, sino de un simple chiste inoportuno.

Estábamos en el cuarto de Cathy en el *kolej*, ella sentada en una de las dos sillas a los lados de la pequeña mesa cuya superficie compartían un par de tazas con sus platillos y unos cuantos útiles de escribir, y yo echado en la cama con los zapatos puestos y las manos bajo la nuca. Los dedos de la mano derecha de Cathy empezaron a tamborilear sobre la tapa de un cuaderno.

—¿Nerviosa? —le pregunté.

—¿Y no debería estarlo después de esa sesión de..., cómo diría Dinos? Coprofagia política o algo así, ¿no?

—¡Muy bien! Pero la verdad es que nos hemos metido en un bonito lío, aunque no sea la catástrofe..., ¡y vuelta al griego!..., que pudo ser. Y todo por mi culpa. Todavía no puedo creer que se me haya olvidado romper esas cuartillas.

—¡Tonterías! Yo podría decir lo mismo porque los dos estábamos allí. El psicoanálisis no será muy materialista ni muy dialéctico, pero un freudiano diría que lo que pasó fue que *no queríamos* destruir el producto de nuestro desahogo.

—Hmm, no suena mal. Por ahí podríamos llegar muy lejos, ¿no te parece?

—Es posible, pero lo que hay que tener muy claro ahora es que no hay que pensar en ninguna *culpa*. Eso fue lo que Havlícková quiso meternos en la cabeza, y que me parta un rayo si llego a hacerle el juego.

—De acuerdo: no me siento culpable de nada y no fue en ese sentido que usé la palabra. Pero las consecuencias del asunto todavía podrían ser desagradables.

—No va a haber ningunas consecuencias, y me sorprende que tú estés pensando eso. Si no te dejaste intimidar en la oficina de la vieja, ¿por qué te estás preocupando ahora?

—¿Y tú por qué estás tan segura de que no va a haber consecuencias?

Cathy me miró con expresión de desaliento más bien calculado:

—Creía que no iba a hacer falta explicártelo, pero como veo que estaba equivocada, ahí te va la explicación. ¿Tú crees sinceramente que si Havlícková hu-

biera decidido castigarnos no lo hubiera hecho ya, en lugar de endilgarnos el sermoncito en presencia del lameculos de Rubík? ¿Tú crees que a Michael lo llamó para sermonearlo antes de mandarlo a hacer las maletas?

—Estás preguntándome, no explicándome.

—Porque no termino. Óyeme y no me interrumpas.

—Sí, jefa.

—Sin bromas. El boleto de avión se lo mandaron a Michael con el viejo Procházka para que no perdiera el tiempo haciendo preguntas.

—¿Y eso cómo lo sabes tú?

Cathy sacudió la cabeza antes de contestar:

—Porque me lo dijo el mismo Mike.

—¿El mismo Mike? Entonces, ¿hablaste con él antes de que se fuera?

—Si no, ¿cómo habría podido decírmelo?

—A mí no me lo contaste. Y eso que te lo pregunté.

Cathy, ¿por qué?...

—Ni a ti ni a nadie se lo he contado hasta ahora.

Y deja ese tono de lamento porque no te queda bien.

—¿No?

—No después de haber escrito lo que escribiste anoche y de haberle contestado a Havlícková como le contestaste hoy. ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

—Bueno, pues sigue oyéndome. Havlícková sencillamente no puede hacernos nada, precisamente por lo que sucedió con Mike.

—Confieso que no te sigo.

—Me seguirías si no insistieras en interrumpirme a cada frase.

—De acuerdo. Continúa.

—Después de lo que sucedió con Mike, la agencia no aguantaría otro escandalito. No tan pronto, en todo caso, y no con otros dos extranjeros. Serían tres en poco más de un mes, ¿te das cuenta? Parecería que Havlícková está dirigiendo un nido de imbéciles o de contrarrevolucionarios... y entonces *ella* quedaría en entredicho. Por eso, camarada, no va a haber ningunas consecuencias.

—El razonamiento es bueno —dije después de pensarlo un poco—, pero hay algo que no encaja.

—¿Qué?

—Si es como tú dices, ¿por qué permitió que los demás se enteraran?

—Se lo preguntaste y te contestó con un chiste malo, ¿no te acuerdas?

—Sí, claro: que la empresa es después de todo una agencia de *noticias*. Si pensó que se lo iba a celebrar, se quedó con las ganas.

—Correcto. Entonces, acepta que si permitió que los demás se enteraran, lo hizo con toda intención. ¿Para qué? Para protegerse, obviamente. Tarde o temprano se sabría lo que pasó porque un secreto entre cuatro no es secreto. Y eso sin contar a Procházka y al chofer, que no tienen por qué ser inmunes a la curiosidad. Como están ahora las cosas, a Havlícková nunca podrán acusarla de ocultamiento de una fechoría, que sería una acusación muy grave.

—¿Sabes qué, Cathy? Si así como se hacen transfusiones de sangre se pudieran hacer transfusiones de cerebro, yo te pediría una donación.

—Me halagas, camarada, siendo que eres hombre. Pero no se trata de eso. De todos estos trucos me enteré oyéndole contar sus experiencias a mi padre, que es zorro viejo en el juego.

—¡Ah!, ésa es la ventaja que me llevas. Mi padre sólo es masón. De todos modos, no hay que descartar la posibilidad de que Havlícková haga la reunión del comité para discutir nuestro informe sobre la cuestión nacional.

—Si tú aceptas participar, es posible que la haga.

—¿Si *yo* acepto? ¿Y tú qué?

—Conmigo no puede contar, y bien que lo sabe.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo se lo dijiste?

—No hacía falta.

—¿Ah, no?

—No —y me miró con una sonrisita que no me hizo gracia.

—Pues como no me lo expliques...

—¿Tanto te interesa?

—¡Por supuesto que me interesa! ¿Por qué crees que te estoy preguntando?

—Muy bien, pero conste que tú lo pediste. La vieja sabe que yo no voy a ir a esa reunión porque sabe que ella misma no quiere que yo vaya y sabe que yo lo sé. Espérate, que no termino. No quiere que yo vaya porque el único objeto de una reunión como ésa sería que *tú* te lucieras con un buen informe. Después de eso, sería capaz de ascenderte.

—Cathy, ahora escúchame tú a mí —dije al tiempo que me incorporaba hasta quedar sentado en el borde de la cama—. O yo soy un idiota o tú te has vuelto loca.

—La primera deducción es la buena, y no te ofendas. Porque no es culpa tuya, ¿ves? Todo lo que sucede es que no eres mujer.

—¡Vaya revelación!

—Para ti debería serlo. Y algún día lo será. Sólo espero que no sea demasiado tarde, para que no vayas a caer en manos de quien no debes caer.

—¡Palabras, palabras, palabras! ¡Y todavía dices que no eres irlandesa!

—No digo que no lo sea. Digo que sólo lo soy a medias.

—¡Qué tal si lo fueras por entero!

—Ya me hubiera cansado de tu... de tu inocencia, pongámoslo así.

—Sea: de mi inocencia. Que según tu profundo conocimiento del alma masculina, consiste ¿en?

—En el hecho de que no acabas de darte cuenta de que tú, benzinho, eres la niña de los ojos de madame Havlícková.

—¡Puah! —me puse en pie casi de un salto, con ambos brazos levantados sobre la cabeza—. ¡Eso sí que...! ¡Cathy, por Dios!

—Un comunista no invoca a ese señor. Y mejor sigue sentado, que tu estatura siempre me hace sentir sietemesina.

— ¡Ah! Entonces, ¿por eso es que...?

—No, no es por eso, y tú lo sabes.

—Yo sólo sé que no sé nada, como dijo el paisano de Dinos.

—Hmm. Pero lo otro, lo que acabo de decirte, lo sabe la agencia entera, por si te interesa llegar a la verdad.

—¡No me digas! Pero esas cosas no te las enseñó tu padre.

—No. Ésas me las dicen mis hormonas cada vez que es necesario.

—Pues no creo nada de esa historia. Los hombres seremos inocentes, para usar tu propia palabra, pero a ustedes las mujeres la imaginación les nubla el entendimiento, por no decir otra cosa. ¡Qué idea! ¡Yo la niña de los ojos de Havlícková! ¡Si podría ser mi madre, qué demonios!

—Precisamente —la sonrisa de Cathy se hizo más bien maligna—. ¿Tú nunca has oído..., tú nunca has leído... acerca de las pasiones otoñales?

—Cathy —empecé a decirle mientras me sentaba en la otra silla para quedar frente a ella—, la literatura, la buena literatura, es una cosa muy seria, muy respetable...

—...y muy instructiva.

—Hace mucho que lo aprendí, pero cuando se abusa de ella... y abusar quiere decir usar mal...

—Estoy viendo una cátedra en tu futuro, camarada, pero *ahora* se trata de otra cosa. Claro está que si no quieres entenderlo...

—No quiero porque no me importa. A quien quiero entender es a ti. Anoche, precisamente, tenía decidido explicarte algo que estuve pensando mientras tú estabas en Moscú, algo que es muy importante para mí y también debería serlo para ti. No lo hice porque estabas demasiado cansada.

—Sigo estándolo.

—Sí, pero ya no puedo tomarlo en cuenta. De hoy en adelante, aunque tú y tus hormonas piensen lo contrario, puede pasar cualquier cosa; y no voy a esperar el golpe confiando en mi buena suerte. Así que escúchame, por favor.

—De acuerdo, pero te advierto que no hace falta. Sé lo que vas a decirme y sé lo que voy a contestarte porque ya lo he hecho varias veces.

—Entonces será la última; te lo prometo.

Cathy se revolvió en su silla, inconforme pero resignada. Y yo, tan seguro de lo que tenía que decir, me encontré de pronto buscando sin encontrar las primeras palabras.

—Bueno... —dijo ella al cabo de unos segundos.

—¡Cathy, por amor de Cristo! —no era así, desde luego, como quería empezar, pero fue lo que me salió—. Ninguno de los dos va a quedarse en este país mucho tiempo, así que..., ¿para qué seguir dándole largas a esta situación? Yo no quiero irme de aquí sin ti; no quiero ni pensar en la posibilidad de perderte, y ahora te digo lo que nunca antes te dije: estoy dispuesto a irme contigo adonde sea: a Inglaterra, a Irlanda, a las antípodas, al centro mismo del infierno si eso es lo que te...

—O al paraíso, que es lo que estás pensando, reconócelo. Al paraíso tropical de donde viniste y al que siempre tratarás de llevarme, digas lo que digas.

—Aquello tiene de paraíso lo que yo de monje budista.

—Pero es lo tuyo, y yo no estoy dispuesta a ser la causa de que lo pierdas. Me conozco y sé dónde quiero vivir, y tú nunca serías feliz allí. No, no, no; olvida todo esto y... ¡No, tampoco es eso lo que quiero decir! ¿Ya ves cómo me obligas a decir lo que no estoy pensando? Nunca hay que olvidar lo que ha sido hermoso y grato y... ¡Vive el momento, querido! Vívelo mientras dure, que nada es eterno. ¡Y ya me has puesto a hablar, maldita sea, como heroína de novela romántica! De todos modos, nadie nos está echando de aquí por ahora.

Después de eso, sólo me quedó callar. Pensé, por enésima vez, en la facilidad con que las mujeres siempre habían podido convencerme, desde mi abuela hasta Cathy. Y me consolé diciéndome que eso, a fin de cuentas, era la mejor prueba de una masculinidad muy disfrutable.

—¿Sabes una cosa? —dijo Cathy entonces—. Son más de las dos y con toda esta cháchara se nos ha olvidado comer. Y yo ni siquiera me desayuné esta mañana.

—Yo tampoco.

—¿Y no tienes hambre?

—Sí, supongo que sí. Lo malo es que a esta hora todos los restaurantes están cerrando.

—Los caros no. ¿Por qué no vamos al del hotel Alcrón y nos damos un banquete, con vino y toda la

cosa? Quién quita que nos encontremos con alguna de las luminarias que viven allí.

—Sí... Neruda y la Hormigueta suelen comer tarde. Y hace días que no los veo.

—Vamos, pues. Yo invito: me sobraron unos rublos de los viáticos de Moscú y no los declaré al regresar. A lo mejor me los cambian en el hotel.

—Está bien, pero... Hay dos cosas que me están molestando desde que Havlícková nos echó su filípica esta mañana, y quiero decírtelas antes de salir a la calle.

—Bueno, pero que sea breve: las tripas ya me están gruñendo.

—Sí, sí. Mira..., ¿quién diablos pudo haber puesto el... el reportaje apócrifo sobre el escritorio de Rubík?

—¡Ah, eso! Bueno, pues antes de pasar a Rubík tuvo que verlo el corrector de estilo.

—¿Lucille, entonces?

—No lo creo. No le falta cabeza para haberse dado cuenta de lo que era. Y estoy segura de que no nos quiere mal a ninguno de los dos. No, Lucille no, definitivamente.

—Pero ¿quién, entonces? ¿Lo habrá encontrado el mismo Rubík antes de que alguien se lo pasara a Lucille?

—Tampoco. Rubík nunca recoge nada él mismo antes de que se lo den; es demasiado burócrata para hacer tal cosa.

—Pero alguien, *alguien* tuvo que llevárselo.

—Alguien, sí, cuyo nombre nunca sabremos, pero de quien habrá que cuidarse mientras estemos aquí. Lo raro, pensándolo bien, sería que en la agencia *no* hubiera alguien así. ¿Me explico?

—Claro. A buena hora venimos a descubrirlo.

—Más vale tarde que nunca. Ahora, ¿qué otra cosa querías decirme?

—Lo otro, sí. Pues... resulta que en toda mi puñetera vida no he leído una sola página de León Trotski. ¿Tú sí?

—Confieso que sí. En la biblioteca de mi padre hay unas cuantas cosas.

—Vuelvo a decírtelo: tu padre es la ventaja que me llevas. Pero todavía no entiendo cómo, pensando él como piensa, nunca has tenido problemas políticos con él.

—Él mismo me lo explicó: si nunca estuvo dispuesto a renunciar a pensar con su propia cabeza, siempre se sintió obligado a reconocerme ese derecho.

—Se ve que es un tipazo, tu viejo.

—Lo es. Lástima que sea mi padre.

—¿Por qué?

—Porque, si no lo fuera, me hubiera gustado casarme con él.

EPÍLOGO

Al año siguiente de lo que acabo de contar, *el corazón del gran Stalin cesó de latir*. Pero yo ya no estaba en Praga sino en mi propio país, donde un pertinaz agente del FBI no me perdía pie ni pisada desde el momento de mi regreso. Ese agente también tiene —o tuvo, si es que ya no vive— su historia interesante, que me gustaría relatar en otra ocasión. Aquí sólo adelanto lo esencial de la trama, por no relegarla del todo al atestado desván de una memoria cada vez menos fácil de explorar. Mientras vivía y trabajaba en mi país, el susodicho perseguidor de enemigos del orden establecido se enamoró de una de mis paisanas y decidió casarse con ella. Por tal motivo sus superiores, aplicando el estricto reglamento de su corporación, le notificaron que tendría que darse de baja si pensaba quedarse a vivir en los lares de su amada. Como no era otra su intención, el sabueso injertado en moderno Romeo aceptó tramitar su traslado a la oficina de migración, dependiente al fin y al cabo del mismo ministerio federal. Todo eso me lo dejó saber él mismo la

última vez que conversó conmigo en el balcón de mi casa (que en realidad era la de mis padres, resignados protectores de mi crónico desempleo ocasionado por el clima político del momento), donde se suponía que él cumplía sus obligaciones de interrogador entre taza y taza de cargado café criollo, tan criollo seguramente como la hija del trópico que había cautivado su conflictivo corazón. No; me imagino que no era un agente típico ni demasiado eficiente, pero así era el hombre y ni siquiera en una historia fingida, aunque llegada a la verdad o a la semejanza de ella, me parecía justo falsear su personalidad. Poco después de ese último encuentro con el singular personaje, me enteré por una nota periodística de que éste, en el desempeño de su última “misión” policial en aquellas latitudes, había sufrido un percance grave: persiguiendo a unos contrabandistas en las Islas Vírgenes, recibió un botellazo en plena cara que lo dejó con un solo ojo. Supongo que eso le valió su jubilación prematura, pero nunca supe si su novia insular se resignó al contratiempo —no demasiado importante si bien se mira— de cargar con un marido tuerto. Sólo un detalle más me queda por añadir a esta pequeña historia tangencial. Detalle intrascendente, juzgará el lector severo, y yo no osaré contradecirlo, pero el lector benévolo, después de conocerlo, dirá si tenía yo derecho a dejarlo en el tintero. El infortunado

vigilante de mis andanzas subversivas, pequeño cíclope enamorado al final de su carrera, se llamaba Aedan Patrick O'Malley.

Por aquellas mismas fechas (y dicen los que saben, y más vale creerles, que las coincidencias en realidad no existen) recibí desde Praga una breve e inesperada carta de Lucille la canadiense. En ella me contaba que Cathy había abandonado la agencia poco después de mi partida, había regresado a Londres y allí se había encontrado con Michael O'Malley, separado ya de su católica media naranja, cuyos escrúpulos religiosos estaba tratando de vencer para lograr el divorcio que había venido deseando desde sus días de Praga. Colegí que todo eso debía de habérselo escrito Cathy a Lucille desde Londres, y cuando le contesté su carta a mi ex colega canadiense no me pareció indiscreto preguntarle si sabía algo más acerca de nuestros dos amigos irlandeses. Me contestó a su vez diciéndome que sí sabía, pero que había decidido no comunicármelo a menos que yo le pidiera mayor información. Michael había conseguido al fin la anulación de su matrimonio y Cathy por su parte había obtenido, con muchas menos dificultades, un rutinario divorcio británico de su marido que había permanecido en Praga con su búlgara y su ininterrumpida dedicación a la economía política. A continuación, Michael y Cathy se habían casado y fijado residencia en

Dublín, donde pensaban publicar una revista marxista pero independiente. Como Lucille olvidó o no juzgó conveniente darme la dirección de los recién casados, no pude escribirles para desearles los mejores éxitos en sus nuevas empresas (la periodística y la otra).

Otra noticia me daba Lucille en su segunda carta. Dinos Cacoyannis había tenido problemas con la dirección de su partido en el exilio y ésta había resuelto separarlo de sus tareas informativas y enviarlo a trabajar en una mina en Eslovaquia. En opinión de Lucille, el contratiempo sufrido por nuestro amigo griego no debía considerarse en modo alguno como algo *trágico*, sino simplemente *patético*.

Coyoacán, junio-noviembre de 1982

NOTICIA DEL TEXTO

Historia con irlandeses se publicó dentro del volumen *Las caricias del tigre* (México, Joaquín Mortiz, 1984, Serie del Volador); esta obra reunió, además, un par de textos: “Historia de vecinos”, ambientada en París, y “¿Qué se hicieron los aztecas?”, situada en Nueva York.

En 1985, *Las caricias del tigre* fue editada en Madrid (Joaquín Mortiz), donde obtuvo el premio Magda Donato.

La tercera edición de *Las caricias del tigre* —de la cual se desprende la presente versión de *Historia con irlandeses*— tuvo lugar en México (CONACULTA, 1991), dentro de la serie Lecturas Mexicanas, 46.

No se tiene conocimiento de que *Historia con irlandeses* haya sido publicada de manera individual. En *Antología personal* (Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1990) se incluye sólo un fragmento.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ
TRAZO BIOGRÁFICO

José Luis González, hijo de padre puertorriqueño y madre dominicana, nació en Santo Domingo, República Dominicana, el 8 de marzo de 1926. Debido a diferencias políticas, la familia se trasladó a Puerto Rico cuando José Luis contaba apenas con cuatro años. Se graduó de la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad de Puerto Rico. A finales de los años cuarenta cursó el posgrado en la New School of Social Research de Nueva York. Obtuvo, en 1959, el doctorado en Filosofía y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México con la tesis *Literatura y sociedad en Puerto Rico. De los cronistas de Indias a la generación del 98*, publicada en 1976. En dicha institución tuvo a su cargo, hasta el día de su muerte, acaecida en 1996, la cátedra de Sociología de la Literatura.

Desde muy joven fue un militante activo; perteneció al Partido Comunista, hecho que, en 1950, lo llevó al exilio durante poco más de veinte años. En Europa, trabajó como corresponsal de prensa en Praga, Berlín y Varsovia. Vivió un corto tiempo en París, después se

estableció en México (1953), con su esposa checa, donde nació su único hijo. Aunque siempre se consideró puertorriqueño, obtuvo la nacionalidad mexicana en 1955. Fue profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Guanajuato y colaboró en varias revistas culturales, como la *Revista Mexicana de Cultura* y los periódicos *El Nacional* y *El Día*. En 1960, se desempeñó como guionista en el Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográfica, en La Habana; y, entre 1961 y 1963, visitó la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas.

Su innata vocación literaria lo llevó a escribir desde muy joven, en su país natal, el volumen de narraciones breves *En la sombra* (1943), el cual causó muy buena impresión en el panorama cultural de Puerto Rico; a éste le siguió el libro, premiado por el Instituto de Literatura Puertorriqueña, *Cinco cuentos de sangre* (1945), y *El hombre de la calle* (1948): historias sucintas sin alardes descriptivos, en las que destacaba la preocupación del boricua migrante en Nueva York y la lucha del proletariado frente a la voracidad capitalista.

En México, publicó el libro de cuentos *En este lado* (1954) y su novela *Paisa* (1955); después de un largo silencio narrativo, dio a conocer la recopilación de novelas cortas *Mambrú se fue a la guerra* (1972). También preparó un par de antologías: *En Nueva York y otras des-*

gracias (Siglo XXI, 1973) y *Cuento de cuentos y once más* (Extemporáneos, 1973). En *Poesía negra de América* (Era, 1976), incluyó obras de diversas lenguas (española, francesa, inglesa y portuguesa) de la llamada poesía negrista: lírica con un gran influjo cultural africano.

Su regreso a Puerto Rico, a finales de los años setenta, representó un escollo para su carrera literaria; sin embargo, pronto adquirió reconocimiento: con la publicación de la novela *Balada de otro tiempo* —(Río Piedras, Huracán, 1978), ilustrada por Antonio Martorell—, obtuvo el premio Xavier Villaurrutia. Dos años más tarde publicó el ensayo crítico *El país de cuatro pisos y otros ensayos* (Río Piedras, Huracán, 1980), donde analizó la nueva realidad cultural y social de su nación. Con *La llegada. Crónica con ficción* (1980), se enfocó principalmente en el arribo de los norteamericanos a la isla.

Los temas que interesaban a José Luis González eran la migración, la marginación, la miseria, el desamparo y la discriminación. El lenguaje que utilizó en sus narraciones era breve y coloquial. Durante su estancia en Nueva York recibió el influjo de Ernest Hemingway, William Faulkner y John Steinbeck. De igual forma, Franz Kafka y Jean-Paul Sartre marcaron, sobre todo, su primera producción literaria. Algunas de sus últimas obras fueron la autobiografía *La luna no*

era de queso: memorias de infancia (Río Piedras, Cultural, 1988); *Antología personal* (Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1990); y *Las caricias del tigre* (México, Joaquín Mortiz, 1984), libro acreedor al premio Magda Donato en 1985. También vio la luz la recopilación de todas sus narraciones breves bajo el título *Todos los cuentos* (México, UNAM, 1992).

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Alan Cabrera



Historia con irlandeses se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 22 de junio de 2022. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de BRAULIO AGUILAR. La edición estuvo al cuidado de LUIS GÓMEZ MATA.